Cronistas de Indias

en la Nueva Granada
(1536-1731)







Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura, recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



LIBRO AL VIENTO LATERAL



BOGOTÁ HUMANA

CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Instituto Distrital de las Artes IDARTES

Cronistas de Indias

en la Nueva Granada (1536-1731)



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DISTRITAL DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Asesora
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo
Mariana Jaramillo Fonseca, Asesora de Dimensiones
Daniel Chaparro Díaz, Coordinador de Dimensiones
Carlos Ramírez Pérez, Profesional universitario

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
José Miguel Villarreal Barón, Director de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Luz Ángela Campos Vargas,
Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2013

Imágenes: carátula: *Stock.xchng* [http://www.sxc.hu/]; portadilla: detalle de un grabado de Theodor de Bry, en De las Casas, Bartolomé, *Brevissima relacion*, Fráncfort, 1598, p. 95; portada interior: «Mapa del Orinoco», en Gumilla, Joseph, *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*, 1731. Todas las imágenes tomadas de los libros citados, de *ClipArt ETC* [http://etc.usf.edu/clipart/] y de *John Carter Brown Library, Brown University* [http://jcb.lunaimaging.com/luna/servlet].

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-58175-7-9

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto

Impreso en Bogotá por Caliche Impresores

Contenido



La verdad del cronista

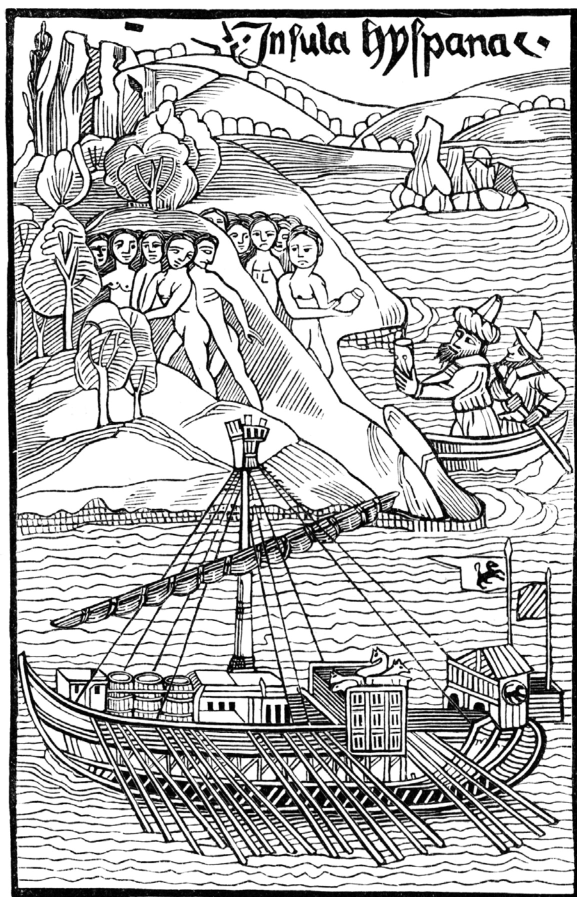
Han corrido verdaderos océanos de tinta acerca de la importancia del descubrimiento de América. Con él se ensanchó la idea que el hombre tenía de sí mismo y del mundo que lo rodeaba. Quizá ese hito, en términos de conocimiento y progreso, sólo pueda equipararse con una futura llegada a otros planetas. El cronista Francisco López de Gómara lo resume de la siguiente manera: «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias».

Ese acontecimiento empezó a ser relatado en la primera carta de Colón, cuatro meses después de que pusiera pie en tierras americanas: «Hay palmas de seis o ocho maneras, que es admiración verlas, por la deformidad hermosa de ellas, mas así como los otros árboles y frutos e hierbas. En ella hay pinares a maravilla y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de aves, y frutas muy diversas. En

las tierras hay muchas minas de metales, y hay gente en estimable número», dice, asombrado, el almirante. Lo que hacía Cristóbal Colón era inaugurar un género literario: la crónica de Indias, que comprende los relatos del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Reino.

La sorpresa de ver civilizaciones enteras, ajenas por completo al imaginario europeo, la variedad de plantas y animales, la cantidad inaudita de oro y piedras preciosas, la angustia y emoción de enfrentarse a la muerte en cada recodo del camino, debieron ser tan abruptas y profundas en el ánimo de los conquistadores, que al compás de los sucesos hubieron de ensayar una escritura que permitiera dar cuenta de todo ello. Así, el español se llenó de nuevas y sonoras palabras como almástiga, utía, guanaco, aguacate, batata, chirimoya, girasol y huracán; el cronista tuvo que encontrar símiles, metáforas y referencias que le permitieran ilustrar todo aquello, y por tal razón el mero despacho diplomático o la más descarnada bitácora de viaje fueron susceptibles de elevarse a las esferas del arte.

Si bien todas comparten un tema y una novedad, no todos los autores son iguales, hay sensibles diferencias en cuanto a formación, intencionalidad y grado de vinculación con los hechos que describen, como bien lo anota el historiador Antonio Rodríguez



Desembarco de Colón en América. Lossing, Benson J., *The Pictorial Field-Book of the Revolution*. Nueva York, Harper & Brothers, 1851, I:xxv.

Baixeras. Entre la crónica de un soldado testigo, como Cieza de León, y un religioso que examina diversas fuentes escritas, como Alonso de Zamora, caben todos los matices.

En general, la intención de las crónicas de Indias es decir la verdad. El cronista cuenta honradamente lo que ha visto o, mejor, lo que ha creído ver; pero es inevitable encontrar la deformación involuntaria que enfrentan los hechos cuando son vistos desde la superioridad, la ignorancia del testigo y sus convicciones o ideas adquiridas —en una palabra, sus prejuicios—. Así, enfrentados desde el catolicismo a la intimidad espiritual de los pueblos americanos, los cronistas presumen satanismo y ritos demoníacos; en su afán por resaltar el papel heroico de los suyos, exageran el número y ferocidad de los enemigos; sin mayores referentes que otras tierras conocidas, fray Alonso de Zamora compara una batalla en tierras americanas con la batalla de Flandes, fray Pedro Simón afirma que el temperamento de los indígenas de Santa Fe y Cartagena es como el de «las gentes de Murcia», Hernán Cortés compara a Tlaxcala con Granada y Colón afirma que el clima del Caribe se parece a «abril en Sevilla».

Cabe decir, además, que la visión de los cronistas de Indias esta mediatizada, a su vez, por la literatura. Colón cree ver tres sirenas, «que no eran tan

hermosas como las pintan», cuando posiblemente se tratara de focas o leones marinos; el cronista Pedro Mártir de Anglería, describiendo a los caníbales o Caribes dice «No cabe duda ya sobre los lestrigones y polifemos que se alimentan de carne humana»; Jiménez de Quesada dice que en Tunja y Santafé hay «muchas cercas alrededor, de la manera que acá suelen pintar el laberinto de Troya»; fray Pedro Simón habla de gigantes que también había descrito Virgilio en *La Eneida*; fray Alonso de Zamora, por su parte, menciona que los nativos pensaban que el jinete y el caballo eran un solo animal, y agrega que «con menor disculpa creyó mucho de sus centauros la gentilidad de Grecia». Si a esto sumamos cierta propensión a resaltar lo exótico, la crónica de Indias entonces se conecta con los ribetes fantásticos que le imprime Marco Polo a su *Libro de las maravillas del mundo*.

Por cuestiones de tamaño, cualquier selección de cronistas de Indias para un Libro al Viento será incompleta e insuficiente, pero esa limitación no impide intentarlo. El primer recorte necesario es circunscribirnos a la Nueva Granada, pues sobre ella escribieron suficientes cronistas como para mostrar un espectro de posibilidades testimoniales y literarias. Son seis crónicas que abarcan un lapso de casi dos siglos, y que aparecen en orden cronológico:

La primera de ellas es el *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*, atribuida a Gonzalo Jiménez de Quesada, el más letrado de los conquistadores, quien publicó en 1552 *El Antijovio*, una refutación del *Diálogo de las empresas militares y religiosas*, libro de Paulo Jovio en el que criticaba la actuación de las tropas españolas cuando se enfrentaron con Francia en tierras italianas. El *Epítome* fue hallado en el arca de Alonso de Santa Cruz (1505-1567), cosmógrafo mayor de Carlos V y luego de Felipe II. Al parecer hacía parte de un documento mayor, del cual ha sobrevivido este fragmento —que publicamos completo— que trata de la conquista de las tierras de Cundinamarca y Boyacá, y la fundación de Bogotá y Tunja, así como el posterior encuentro con Federmán y Sebastián de Belalcázar.

A continuación está el capítulo XIX del primer volumen de la *Crónica del Perú*, escrita por Pedro Cieza de León, en donde habla de la desnudez, los ritos funerarios y, según él, la presencia del demonio entre los indígenas que vivían en los actuales territorios de Antioquia y Caldas.

Luego encontramos los capítulos VIII, IX y X de *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, del franciscano fray Pedro Simón, donde hace un catálogo de tribus y costumbres, entre ellas una tribu de gigantes tres veces

más grandes que un hombre ordinario, entregados al «pecado nefando» del homosexualismo, la leyenda del demonio Buziraco y el feliz encuentro de las huestes de Pedro de Heredia con más de cien mozas, hermosas y risueñas, que enviara el cacique de Cipacuá para solaz de los conquistadores.

El cuarto texto es el capítulo III de la tercera parte de *Piratas de América*, de Alexander Olivier Exquemelin, donde cuenta el arribo del pirata Morgan a la isla de Santa Catalina, en compañía de un grupo de famélicos y descamisados piratas que, sin embargo, logran persuadir al gobernador español de rendirse.

Nuestro penúltimo autor es fray Alonso de Zamora, quien en el capítulo VI de su *Historia de la provincia de San Antonio* trata los hechos narrados por Jiménez de Quesada con mayor amplitud. Muestra con más detalle el recorrido de las tropas por Vélez, Santafé de Bogotá y otras poblaciones aledañas, los tratos beligerantes y amistosos con diversas tribus, la ferocidad de los panches y los diversos rituales de aquellos pueblos. Esta reiteración geográfica pretende ilustrar el contraste entre las narraciones del mismo hecho, pues mientras lo que en Jiménez de Quesada es informativo, en Zamora se imbuye del afán por exaltar el heroísmo de esos compatriotas que, allende los mares, padecían hambre, sed, muertes,

temores y cansancio, todo en procura de la civilización y conquista de aquellos pueblos bárbaros.

Esta breve antología se cierra con el capítulo VIII de *El Orinoco ilustrado*, escrito por el misionero jesuita Joseph Gumilla, en donde, además de reflexionar sobre la desnudez predominante entre los indígenas, hace un catálogo de costumbres, atavíos y rituales de belleza que usan diversas tribus.

Para esta edición, en la que fue fundamental la ayuda de Carlos Ramírez y Mariana Jaramillo, se ha respetado la sintaxis de los textos. Hemos, sin embargo, modernizado la grafía de las palabras arcaicas —la conjunción *y* en lugar de la *i* latina, por ejemplo, así como la *j* donde había una *x*— para así facilitar su lectura. En contados casos, cuando el sentido de alguna frase se perdía por completo, nos hemos permitido alguna enmienda en la puntuación. Si esta fuera una antología especializada o académica, sería impensable hacerlo, pero privilegiamos que pudiera llegar a más personas. Ése, justamente, es el espíritu de Libro al Viento.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

Bibliografía

Bravo-Villasante, Carmen, *La maravilla de América. Los cronistas de Indias*, Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1985.

Cieza de León, Pedro, *Crónica del Perú: primera parte*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1982.

Cuervo, Antonio B. (ed.) *Colección de documentos inéditos sobre la geografía y la historia de Colombia.* Vol. 2, Casa Editorial de J.J. Pérez, Bogotá, 1892.

D'olwer, Luis Nicolau, *Cronistas de las culturas precolombinas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

Exquemelin, Alexander Olivier, *Piratas de América*, Editorial Dastin, Madrid, 2009.

González Mejía, Conrado, *De algunos cronistas, relatores e historiadores de Indias de dos siglos (1493-1701)*, Ediciones Academia Antioqueña de Historia, N° 40, Medellín, 1991.

Gumilla, Joseph, *Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riberas del Río Orinoco*, Carvajal, Cali, 1984.

Millán de Benavides, Carmen, *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada: la cosmografía española del siglo xvi y el conocimiento por cuestionario*, Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2001.

Rodríguez Baixeras, Antonio, *Historiadores de Indias*, Madrid, Ediciones Akal, 1994.

Simón, Fr. Pedro, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, Vol. 1, Talleres Gráficos Banco Popular, Bogotá, 1981.

vv.aa. *América y la España del s. xvi*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid, 1982.

www.wikipedia.org

Zamora, Alonso de, *Historia de la provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*, Vol. 1, Editorial Kelly, Bogotá, 1980.

MAR DEL NOR

S. Marta
R. de la Hacha
Laguna de Maracaibo
C. Coro
La Guaira
Araia
Rl. Fuerza
C. Carora
C. Caracas
C. Cumana
C. Mara caibo
C. Barcelona
Missiones PP. Capuc. Aragonesas
R. de la Madalena
R. Cauca
Mompox
IHS
C. Merida
C. Barinas
R. Guarapiche
Missiones de los PP. Observantes
N. Guamos
C. Pamplona
Honda
C. Beles
N. Palenques
R. Apure
El Pilar
R. Sinaruco
La Asumpcion
S. Xavier
S. Ignacio
Pauto
Casanare
N. Paos
C. Tunja
N. Otomaca
S. Joseph
R. Cauru
C. S.ta Fe
Santiago
La Concepn.
S. Salvador
S. Regis
Rio
N. Saruro
S. Borja
S. Ignacio
C. S. Juan
S. Miguel
R. Meta
MISSIONES DE LA COMPAÑIA DE JESUS
S. Joacbin
N.a S.a de los Angeles
N. Cariv
N. Achagua
N. Guajiva
N. Chiricoa
S. Teresa
S. Xavier
N. Caberre
R. Bichada
R. Guabiare
N. Sa
S. Joseph
N. Abane
N. Mapoya
N. Quirruba
N. Maypure
NO CONOCIDAS

2 3 4 5 Grados

R.do A. P.
Francisco de Miranda Soc. Jesu C
Salmaticensi Castellæ Provinciali p

Cronistas de Indias

Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579)

Nació en Córdoba en 1509. Licenciado en Derecho por la Universidad de Salamanca. A mediados de 1535 se embarcó en la expedición de Pedro Fernández de Lugo, que tenía como destino Santa Marta, a donde llegaron en 1536. El 5 de abril de 1536 partió con 670 soldados para explorar el río Magdalena, en busca del Perú. Sus filas fueron mermadas por el hambre y los repetidos ataques de los indígenas. Llegaron a la planicie de Cundinamarca, que bautizó como Nuevo Reino de Granada, y en ella fundó el 6 de agosto de 1538 la ciudad de Santafé de Bogotá.

Donde actualmente queda Bosa, coincidieron Jiménez de Quesada, Nicolás de Federmann y Sebastián de Belalcázar, por lo que cada uno de ellos se atribuía la conquista del territorio. Regresaron a España para que la Corona dirimiera la disputa. Al no ser reconocidos sus méritos se dedicó a actividades particulares, hasta que en 1550 regresó a Bogotá como miembro del Cabildo, donde llevó una vida «desarreglada», en la que se llenó de deudas.

Siendo anciano, inició en 1560 una nueva expedición, en la que perdió casi todos sus hombres y 150.000 ducados. Falleció arruinado el 16 de febrero de 1579 en Mariquita (Nueva Granada).

Este texto, que incluimos completo, fue publicado por Jiménez de la Espada en su obra *Juan de Castellanos y su Historia del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, 1889, atribuyendo el *Epítome* a Jiménez de Quesada.



Retrato de Gonzalo Jiménez de Quesada en la *Historia general*..., conocida como *Décadas*, de Antonio de Herrera y Tordesillas, 1601-1615, tomo III.

Epítome de la conquista del nuevo reino de granada (1536)

Atribuido a Gonzalo Jiménez de Quesada

Entre la provincia de Santa Marta y la de Cartagena, está un río que divide estas dichas dos provincias que llaman el río de la Magdalena, y por nombre más conocido llamado comúnmente el Río Grande porque en la verdad lo es harto, tanto que con el ímpetu y furia que trae a la boca rompe por la mar y se coge agua dulce una legua dentro, por aquel paraje. Los de estas dos provincias de Santa Marta y Cartagena aunque más los de Santa Marta, porque estuvo poblada mucho antes que Cartagena, desde que Bastidas la pobló iban siempre por este Río Grande arriba los gobernadores o sus capitanes descubriendo las tierras y provincias que hallaban; pero ni los de una gobernación ni la otra subieron el dicho río arriba de 50 a 60 leguas, los que más llegaron fue hasta la provincia que llaman de Sampallón que está poblada orilla del dicho río porque aunque siempre tenía

esperanza por lenguas de indios que muy adelante el río arriba había grandes riquezas y grandes provincias y señores de ellas, dejaban de pasar adelante las veces que allí llegaron, unas veces por contentarse con las riquezas que hasta allí habían ganado o rescatado de los indios, otras veces por impedimentos de grandes lluvias que encenagaban toda la tierra y costa de dicho río por donde habían de subir, las cuales aguas son muy importantes y ordinarias casi siempre podía [sic] aquel río arriba, y en la verdad bien pudieran ellos vencer estos impedimentos, sino que los de Santa Marta se contentaron con la Ramada, que es una provincia pequeña pero rica que está cerca de la misma Santa Marta hasta que la acabaron y destruyeron no teniendo respeto a bien público ni otra norma que sus intereses. También los de Cartagena se contentaron con las sepulturas del Zenú donde hallaron harto oro y era cerca de Cartagena, y como también aquello se acabó como lo de Santa Marta, los unos y los otros quedaron con sola la esperanza de lo que se descubriese el río arriba, por la grande noticia y lenguas de indios que de ellos tenían y aun no solamente los de estas 2 gobernaciones, pero aun los de la gobernación de Venezuela que poblaron los alemanes y los de Uraparu, los cuales tenían también grande noticia por lengua de indios de una provincia poderosa y rica que se llamaba Meta que por la

derrota que los indios mostraban venía a ser hacia el nacimiento del dicho Río Grande, aunque ellos no tenían el camino para ir allá por la costa del dicho río como los de Santa Marta y Cartagena, pero habían de ir atravesando sus gobernaciones por la tierra adentro y todas las noticias de estas gobernaciones así de las unas como de las otras, que tan levantados traían los pies a todos los de la mar del norte por aquella costa según después ha parecido, será una misma cosa que era este Nuevo Reino de Granada, que descubrió y pobló el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada para el cual estuvo guardado esto, lo cual pasa de esta manera.

E1 año de 1536 por el mes de abril el dicho Gonzalo Jiménez de Quesada, mariscal que ahora es del dicho Nuevo Reino, partió de la dicha ciudad de Santa Marta que está a la costa de la mar a descubrir el Río Grande arriba por la banda de Santa Marta con 600 soldados repartidos en 8 compañías de infantería y con 100 de a caballo y así mismo con ciertos bergantines por el río para que fuesen bandeando y dando ayuda al dicho licenciado que iba por tierra descubriendo por la misma costa del río: los capitanes de infantería que llevó consigo, se llamaban el capitán San Martín, el capitán Céspedes, el capitán Valenzuela, el capitán Lázaro Fonte, el capitán Lebrija, el capitán Juan de Junco, el capitán Suarez, y

la otra compañía era la guarda del dicho licenciado capitán general; los capitanes de los bergantines que iban por el agua se llamaban: el capitán Corral, el capitán Cardoso, el capitán Albarracín; esta armada se hizo con voluntad y consentimiento del Gobernador que a la sazón era en Santa Marta, el cual, después de la muerte de García de Lerma, era don Pedro de Lugo adelantado de Canaria padre del adelantado Alonso que ahora es, del cual adelantado don Pedro, el dicho licenciado fue capitán General y su segunda persona, el cual dicho adelantado don Pedro murió en estos mismos días que el dicho licenciado salió a conquistar y así todas las cosas de aquella provincia quedaron a cargo y devoción del dicho licenciado.

Partido el dicho licenciado a la dicha conquista subió por el río arriba, descubriendo más de un año por la costa del dicho río más de 100 leguas, más que los otros primeros habían subido, y paró en un lugar que se llama La Tora, por otro nombre el Pueblo de los Brazos, que será de la costa de la mar y de la boca del río 150 leguas y hasta este lugar se tardó mucho tiempo por grandes dificultades de aguas y de otros malos caminos de montes muy cerrados que hay por aquella costa del río. En este pueblo de La Tora se paró para invernar el dicho licenciado y su campo, porque se cargaban tanto las aguas que ya no se podía ir más adelante y el río venía tan crecido que

sobraba por la barranca; iba por la tierra y campos que no se podía caminar por la costa de él y así envió el dicho licenciado los bergantines a descubrir por el río porque por la costa era imposible como está dicho; y subieron otras veinte leguas más arriba y se volvieron sin traer ninguna buena relación, porque hallaron que el río venía ya tan fuera de madre que no había lugar de indios en la costa de él, sino muy pocos en isletas. Todo lo demás era agua cuanto se veía.

Visto ya el poco remedio que para subir el dicho río arriba había, acordó el dicho licenciado de ir a descubrir por un brazo pequeño que, cerca del dicho pueblo donde estaba, entraba en el Río Grande y parecía venir de unas sierras y montañas grandes que estaban a mano izquierda. las cuales montañas, según supimos después de descubiertas, se llamaban las sierras de Opón.

Llevábamos antes de llegar a La Tora cierta esperanza caminando por el río arriba y era ésta que la sal que se come por todo el río arriba entre los indios es por rescates de indios que las traen de unos en otros desde la mar y costa de Santa Marta; la cual dicha sal es de grano y sube por vía de mercancía más de 70 leguas por el dicho río aunque cuando llega tan arriba, ya es tan poca que vale muy cara entre los indios y no la come sino la gente principal y los

demás la hacen de orines de hombres y de polvos de palmas. Pasado esto, dióse luego con otra sal no de grano como la pasada sino en panes, que eran grandes como de pilones de azúcar; y mientras más arriba subimos por el río más barato valía esta sal entre los indios. Y así por esto, como por la diferencia de la una sal y de la otra, se conoció claramente que si la de granos subía por el dicho río, esta otra bajaba, y que no era posible no fuese grande y buena tierra habido respecto a la contratación grande de aquella sal que por el río bajaba; y así decían los indios que los mismos que les venían a vender aquella sal decían que adonde aquella sal se hacía, había grandes riquezas y era grande tierra la cual era de un poderosísimo señor de quien contaban grandes excelencias; y por esto teníase por espanto haberse atajado el camino, de arte que no se pudiese subir más por el dicho río y haberse acabado aquella noticia de donde venía aquella sal.

El Licenciado, como está dicho, fue por aquel brazuelo de río arriba en descubrimiento de aquellas sierras de Opón, dejando ya el Río Grande y metiéndose la tierra adentro y los bergantines volviéronse a la mar, quedándose la más de la gente con el dicho licenciado y los mismos capitanes de ellos, para suplir alguna parte de la mucha gente que se le había muerto al dicho licenciado, el cual anduvo por las

dichas sierras de Opón muchos días descubriéndolas; las cuales tienen de travesía 50 leguas, son fragosas y de mucha montaña, mal pobladas de indios, y con hartas dificultades las atravesó el dicho licenciado, topando siempre en aquellos pequeños pueblos de aquellas sierras, grandes cantidades de la sal que habemos dicho, por donde se vio claramente ser aquel el camino por donde bajaba la dicha sal por contratación al dicho Río Grande. Después de muchas dificultades atravesó el dicho licenciado aquellas sierras montañosas y dio en la tierra rasa, que es el dicho Nuevo Reino de Granada, el cual comienza pasando las dichas sierras. Cuando aquí se vio la gente, pareció haber llegado a donde deseaban y entendiose luego en la conquista de aquella tierra, aunque ciegos por no saber en la tierra en que estaban, y también porque lenguas cómo entenderse con los indios ya no las había, porque la lengua del Río Grande ya no se hablaba en las sierras, ni en el Nuevo Reino se habla la de las sierras; pero lo mejor que se pudo se comenzó a entender en la dicha noticia y descubrimiento y conquista de dicho Nuevo Reino lo cual pasó de este arte.Ha de presuponerse que este dicho Nuevo Reino de Granada, que comienza pasadas las dichas sierras de Opón, es todo tierra rasa poblada en gran manera, y es poblado por valles; cada valle es su población por sí. Toda esta tierra rasa y [el] Nuevo

Reino está metido y él cercado alrededor de sierras y montañas pobladas de cierta nación de indios que se llaman Panches, que comen carne humana; diferente gente de la del Nuevo Reino que no la comen y diferente temple de tierra porque los panches es tierra caliente y el Nuevo Reino es tierra fría, a lo menos muy templada, y así, como aquella generación del Nuevo Reino, se llaman Moscas. Tiene de largo este Nuevo Reino 130 leguas, poco más o menos, y de ancho tendrá 30 y, por partes, 20, y aun por partes menos, porque es angosto; y está la mayor parte de él en 5 grados de esta parte de la línea, y parte de él en 4 y alguna parte en 3. Este Nuevo Reino se divide en 2 partes o 2 provincias: la una se llama de Bogotá, la otra de Tunja, y así se llaman los señores de ella, del apellido de la tierra; cada uno de estos dos señores son poderosísimos de grandes señores y caciques que les son sujetos a cada uno de ellos. La provincia de Bogotá así puede poner 60.000 hombres en campo, poco más o menos, aunque yo en esto me acorto porque otros se alargan mucho; el de Tunja podrá poner 40.000, y también no voy por la opinión de otros sino acortándome. Estos señores y provincias siempre han traído muy grandes diferencias de guerra muy continuas y muy antiguas, y así los de Bogotá con los de Tunja; y especialmente los de Bogotá, porque les cae más cerca, las traen también con

la generación de panches que ya habemos dicho que los tienen cercados. La tierra de Tunja es más rica que la de Bogotá, aunque la otra lo es harto, pero oro y piedras preciosas y esmeraldas siempre lo hallamos mejor en Tunja. Fue grande la riqueza que se tomó en la una provincia y en la otra, pero no tanto como lo del Perú, con mucho; pero en lo de esmeraldas fue esto del Nuevo Reino mayor, no solo que las que se hallaron en el Perú en la conquista de él, pero más que en este artículo será oído jamás desde la creación del mundo, porque cuantos se vinieron a hacer partes entre la gente de guerra, después de haber pasado la conquista, se partieron entre ellos más de 7.000 esmeraldas donde hubo piedras de grande valor y muy ricas; y esta es una de las causas porque el dicho Nuevo Reino se debe detener en más que otras cosas que haya acaecido en Indias, porque en él se descubrió lo que ningún príncipe cristiano ni infiel sabemos que tenga, que es que se descubrieron, aunque mucho tiempo lo quisieron tener los indios muy secreto, las minas de donde las dichas esmeraldas se sacan, que no sabemos ahora de otras en el mundo, aunque sabemos que las debe de haber en alguna parte, pues que hay piedras preciosas en el Perú y hay algunas esmeraldas, mas nunca se han sabido las minas de ellas. Estas minas son en la provincia de Tunja, y es de ver dónde fue Dios servido que pareciesen las

dichas minas, que es una tierra extraña en un cabo de una sierra pelada y está cercada de otras muchas sierras montuosas, las cuales hacen una manera de puerta por donde entran a la de las dichas minas. Es toda aquella tierra muy fragosa. Tendrá la sierra de las dichas minas, desde donde se comienza hasta donde se acaba, media legua pequeña o poco más. Tienen los indios hechos artificios para sacarlas, que son unas acequias hondas y grandes por donde viene el agua para lavar la dicha tierra que sacan de las dichas minas para seguir las dichas vetas, donde las dichas esmeraldas están; y así, por esta razón, no las sacan sino es en cierto tiempo del año, cuando hace muchas aguas, porque como lleva aquellos montones de tierras quedan las minas más limpias para seguir las venas. La tierra de aquellas minas es muy fofa y movediza, y así es hasta que los indios comienzan a descubrir alguna veta y, luego, aquella siguen cavando con su herramienta de madera, sacando las esmeraldas que en ella hallan; esta veta es manera de greda. Los indios hacen en esto, como en otras muchas cosas, hechicerías para sacarlas, que son, tomar y comer cierta yerba con que dicen en qué veta hallarán mejores piedras; el señor de esas minas es un cacique que se llama Somondoco, adicto al gran cacique Tunja, asentada su tierra y minas en la postrera parte de la dicha provincia de Tunja.

Cuanto a lo de la conquista, cuando entraron en aquel Nuevo Reino, los cristianos fueron recibidos con grandísimo miedo de toda la gente, tanto que tuvieron por opinión entre ellos de que los españoles eran hijos del sol y de la luna, a quien ellos adoran y dicen que tienen sus ayuntamientos como hombre y mujer, y que ellos los habían engendrado y enviado del cielo a estos sus hijos, para castigarlos por sus pecados; y así llamaron luego a los españoles *Uchies,* que es un nombre compuesto de *husa,* que en su lengua quiere decir sol, y *chi,* luna. Y así, entrando por los primeros pueblos, los desamparaban y subían a las sierras [que] estaban cerca y desde allí les arrojaban sus hijicos de las tetas, para que comiesen pensando que con aquello aplacaban la ira que ellos pensaban ser del cielo. Sobre todo cogieron gran miedo a los caballos, tanto que no es creedero; pero después haciéndole los españoles tratables y dándoles a entender lo mejor que ser podía sus intenciones, fueron poco a poco perdiendo parte del miedo; y sabido que eran hombres como ellos, quisieron probar la ventura; y cuando esto fue era ya muy metidos en el Nuevo Reino. En la provincia de Bogotá salieron a dar una batalla, lo mejor en orden que pudieron, gran cantidad de gente que será la que habemos dicho arriba; fueron fácilmente desbaratados, porque fue tan grande el espanto que tuvieron en ver correr



Enfrentamiento entre españoles y nativos americanos (detalle), en Van der Aa, Pieter, *Colección de los viajes más memorables en las Indias Orientales y Occidentales*. Leiden, 1707.

los caballos, que luego volvieron las espaldas y así lo hicieron todas las otras veces que se quisieron poner en esto, que no fueron pocas. Y en la provincia de Tunja fue lo mismo, cuando en ello se quisieron poner, y por eso no hay para poder dar particular cuenta de todos los reencuentros y escaramuzas que se tuvieron con aquellos bárbaros; más de que todo el año de 37 y parte del 38 se gastó en sujetarlos, a unos por bien y otros por mal, como convenía, hasta que estas dos provincias de Tunja y Bogotá, quedaron bien sujetas y asentadas en la obediencia debida a Su Majestad. Y lo mismo quedaron la nación y provincia de los panches, que como más indómitos e intratables, y aun como gente más valiente, que lo son así por sus personas como por ayudarles el sitio de su tierra que es montañas fragosas donde no se pueden aprovechar de los caballos, pensaron que no les había de acaecer como a sus vecinos y pensaron mal porque les sucedió de la misma arte, y los unos y los otros quedaron en la sujeción que está dicha. Los del Nuevo Reino, que son las 2 provincias de Bogotá y Tunja, es gente menos belicosa; pelean con gran grita y voces. Las armas con que pelean son unas flechas tiradas con unas tiraderas como a viento sobre brazo; otros pelean también con macanas, que son unas espadas de palmas pesadas; juéganlas a dos manos y dan gran golpe. También pelean con lanzas, así

mismo de palma de hasta 16 ó 17 palmos, tostadas, agudas a la punta. En sus batallas tienen una cosa extraña, que los que han sido hombres afamados en la guerra y son ya muertos, les confeccionan el cuerpo con ciertas unturas, que queda todo el armazón entero sin despegarse, y a estos los traen después en las guerras así muertos, cargados a las espaldas de algunos indios para dar a entender a los otros que pelean como aquellos pelearon en su tiempo, pareciéndoles que la vista de aquellos les ha de poner vergüenza para hacer su deber. Y así cuando las batallas primeras que con los españoles hubieron, venían a pelear con muchos de aquellos muertos a cuestas. Los panches es gente más valiente, andan desnudos en carnes sino son sus vergüenzas; pelean con más fuertes armas que los otros, porque pelean con arcos y flechas y lanzas muy mayores que las de los moscas; pelean así mismo con hondas; pelean con paveses y macanas, que son sus espadas, y con todo este género de armas pelea cada uno de ellos solo, de esta manera: tienen unos grandes paveses, que los cubren de pies a cabezas, de pellejos de animales aforrados y el aforro está hueco y en aquello hueco del aforro traen todas las armas ya dichas; y si quieren pelear con lanza, sacándola de lo hueco del pavés donde la tienen atravesada, y si se cansan de aquella arma, sacan del mismo hueco el arco y las flechas

o lo que quieren, y échanse el pavés a las espaldas, que es liviano por ser de cuero, o por delante para defenderse cuando es menester; pelean callando, al revés de los otros. Tienen estos panches una costumbre en la guerra también extraña, que nunca envían a pedir paz ni tratan de acuerdo con sus enemigos, sino por vía de mujeres pareciéndoles que a ellas no se les puede negar cosa y que, para poner en paz los hombres, tienen ellas más fuerzas para que se hagan sus ruegos.

Cuanto a la vida, y costumbres y religión y las otras cosas de estos indios del dicho Nuevo Reino, digo que la disposición de esta gente es la mejor que se ha visto en Indias, especialmente las mujeres tienen buena hechura de rostros y bien figurados; no tienen aquella manera y desgracia que las de otras indias que habemos visto, ni aun son en el color tan morenos ellos y ellas, como los de las otras partes de Indias; sus vestidos de ellos y de ellas son mantas blancas y negras y de diversos colores ceñidas al cuerpo, que las cubren desde los pechos hasta los pies, y otras encima de los hombros en lugar de capas y mantos; y así andan cubiertos todos. En las cabezas traen comúnmente unas guirnaldas hechas de algodón con unas rosas de diferentes colores de lo mismo, que les viene a dar enderezo de la frente; algunos caciques principales traen algunas veces

bonetes, hechos allá de su algodón, que no tienen otra cosa de qué vestirse y algunas mujeres de las principales traen unas cofias de red algunas veces.

Esta tierra, como está dicho, es fría, pero tan templadamente que no da el frío enojo ninguno, y deja de saber bien la lumbre cuando se llegan a ella; y todo el año es de esta manera uniforme, porque aunque hay verano y se agosta la tierra, no es para que se haga notablemente diferencia del verano al invierno; los días son iguales de las noches por todo el año por estar tan cerca de la línea. Es tierra en extremo sana sobre todas cuantas se han visto. Las maneras de sus casas y edificios, aunque son de madera y cubiertas de un heno largo que allá hay, son de la más extraña hechura y labor que se ha visto, especialmente la de los caciques y hombres principales, porque son a manera de alcázares, con muchas cercas alrededor, de la manera que acá suelen pintar el laberinto de Troya; tienen grandes patios las casas de muy grandes molduras y de bulto, y también pinturas por toda ella. Las comidas de estas gentes son las de otras partes de Indias porque su principal mantenimiento es maíz y yuca; sin esto tienen otras 2 ó 3 maneras de plantas de que aprovechan mucho para sus mantenimientos, que son unas a manera de turmas de tierra que llaman ionas y otras a manera de nabos que llaman cubias, que echan en sus guisados

y les es gran mantenimiento. Sal hay infinita, porque se hace allí en la misma tierra de Bogotá de unos pozos que hay salados en aquella tierra, a donde se hacen grandes panes de sal y en grande cantidad, la cual por contratación por muchas partes, especialmente por las sierras de Opón, va a dar al Río Grande, como ya está dicho. Las carnes que comen los indios en aquesta tierra son venados de que hay infinidad en tanta abundancia que los basta a mantener como acá los ganados. Así mismo comen unos animales a manera de conejos de que también hay muy gran cantidad, que llaman ellos fucos. Y en Santa Marta y en la costa de la mar también los hay y los llaman curíes. Aves hay pocas tórtolas, hay algunas ánades de agua, hay mediana copia de ellas que se crían en las lagunas, que hay por allí muchas. Pescado se cría en los ríos y lagunas que hay en aquel reino. Y aunque no es en gran abundancia es lo mejor que se ha visto jamás, porque es de diferente gusto y sabor de cuantos se han visto. Es solo un género de pescado y no grande sino de un palmo y de 2, y de aquí no pasa, pero es admirable cosa de comer. La vida moral de estos indios y policía suya es de gente de mediana razón, porque los delitos hechos los castigan muy bien, especialmente el matar y el hurtar, y el pecado nefando, de que son muy limpios, que no es poco para entre indios, y así hay más horcas por

los caminos y más hombres puestos en ellas, que en España. También cortan manos, narices y orejas por otros delitos no tan grandes, y penas de vergüenza hay para las personas principales como es rasgarles los vestidos y cortarles los cabellos, que entre ellos es gran ignominia. Es grandísima la reverencia que tienen los súbditos a sus caciques, porque jamás les miran a la cara aunque estén en conversación familiar; de manera que si entran donde está el cacique han de entrar vueltas las espaldas hacia él, reculándose hacia tras y ya sentados o en pie han de estar; de esta manera, en lugar de honra tienen siempre vueltas las espaldas a sus señores. En el casarse no dicen palabras ni hacen ceremonias ningunas más de tomar su mujer y llevársela a su casa: cásanse todas las veces que quieren y con todas las mujeres que pueden mantener, y así uno tiene 10 mujeres y otro 20 según la cualidad del indio; y Bogotá, que era rey de todos los caciques, tenía más de 400; les es prohibido el matrimonio en el primer grado y, aún en algunas partes del dicho Nuevo Reino, en el segundo grado también; los hijos no heredan a sus padres, sus haciendas y estados, sino los herederos y, si no hay, los hijos de los herederos muertos, y a estos, como tampoco les heredan sus hijos sino sus mismos sobrinos o primos, viene a ser todo una cuenta con lo de acá, salvo que estos bárbaros que van por estos rodeos

tienen repartidos los tiempos de meses y año muy al propósito; los 10 días primeros del mes comen una hierba que en la costa de la mar llaman hayo, que les sustenta mucho y les hace purgar sus indisposiciones; al cabo de estos días, limpios ya del hayo, traen tan otros 10 días en sus labranzas y haciendas, y los otros 10 que quedan del mes los gastan en sus casas, en conversar con sus mujeres y en holgarse con ellas. En uno y en otro repartimiento de los meses, se hace en algunas partes del Nuevo Reino de otra manera; hacen de más largo y de más días cada uno de estos repartimientos. Los que han de ser caciques o capitanes, así hombres como mujeres, métenlos cuando pequeños en unas casas encerradas; allí están algunos años según la calidad de lo que espera heredar y hombre hay que está 7 años; este encerramiento es tan estrecho que en todo este tiempo no ha de ver el sol porque si lo viese perdería el estado que espera. Tienen allí con ellos quien les sirva y danles de comer ciertos manjares señalados y no otro; entran allí los que tienen cargo de esto, de ciertos a ciertos días, y danles muchos y terribles azotes y en esta penitencia están el tiempo que he dicho; y salido ya, puédense oradar las orejas y las narices, para traer oro, que es la cosa entre ellos de más honra; también traen oro en los pechos que se los cubren con unas planchas; traen también unos capacetes de oro a manera

de mitras, y también lo traen en los brazos; es gente muy perdida por cantar y bailar a su modo y estos son sus placeres; es gente muy mentirosa como toda la otra gente de Indias que nunca saben decir verdad; es gente de mediano ingenio para cosas artífices como en hacer joyas del oro y remedar en las que ven en nosotros, y en el tejer de su algodón conforme a nuestros paños para remedarnos, aunque lo primero no lo hacen tan bien como los de la nueva España ni lo segundo tan bien como los del Perú; cuanto a lo de la religión, digo que en su manera de error son religiosísimos porque allende de tener en cada pueblo sus templos, que los españoles llaman allá santuarios, tienen fuera del lugar así mismo muchos con grandes carreras y andenes que tienen hechos desde los mismos pueblos a los mismos templos; tienen sin esto infinidad de ermitas en montes, en caminos y en diversas partes; en todas estas cosas de adoración tienen puesto mucho oro y esmeraldas; sacrifican en estos templos con sangre y agua y fuego de esta manera: con la sangre, matando muchas aves y derramando la sangre por el templo y todas las cabezas dejándolas atadas en el mismo templo colgadas; sacrifican con agua así mismo derramándola en el mismo santuario y también por caños; sacrifican con fuego metiéndolo en el mismo santuario y echando ciertos sahumerios; y a cada cosa de estas tienen

apropiadas sus horas, las cuales dicen cantadas con sangre humana. No sacrifican si no es una de 2 maneras: la una es si, en la guerra de los panches sus enemigos, prenden algún muchacho que por su aspecto se presuma no haber tocado a mujer; a este tal después de vueltos a la tierra lo sacrifican en el santuario matándolo con grandes clamores y voces; la otra es que ellos tienen unos sacerdotes muchachos para sus templos; cada cacique tiene uno y pocos tienen 2 porque estos están muy caros, que los compran por rescate en grandísimo precio; llámanles a estos *moras;* van los indios a comprarlos a una provincia que estará 30 leguas del Nuevo Reino, que llaman la Casa del Sol donde se crían estos niños *moras*; traídos acá al Nuevo Reino, sirven en los santuarios como está dicho, y estos dicen los indios que se entienden con el sol y le hablan y reciben su respuesta. Estos, que vienen siempre de 7 a 8 años al Nuevo Reino, son tenidos en tanta veneración que siempre los traen en los hombros; cuando estos llegan a edad que les parece que pueden ser potentes para tocar mujer, mátanlos en los templos y sacrifican con su sangre a los ídolos; pero si antes de esto la ventura del *mora* ha sido tocar a mujer, luego es libre de aquel sacrificio porque dicen que su sangre ya no vale para aplacar los pecados. Antes que vaya un señor la guerra contra otro, están los unos y los otros un mes en



Enterramiento de un cacique Zenú, como lo describen los cronistas (detalles). Grabado de Theodoro de Bry, *América moralis indiae*, Frankfurt, 1602.

los campos, a la puerta de los templos, toda la gente de la guerra cantando de noche y de día, si no son pocas horas que hurtan para el comer y dormir; en los cuales cantos están rogando al sol y a la luna y a los otros ídolos a quien adoran, que les dé victoria; y en aquellos cantos les están cantando todas las cosas juntas que tienen para hacer aquella guerra; y si vienen victoriosos para dar gracias de la victoria están de la misma manera otros ciertos días; y si vienen desbaratados lo mismo, cantando como en lamentación su desbarato. Tienen muchos bosques y lagunas consagradas en su falsa religión, donde no dejan cortar un árbol ni tomar una poca de agua por todo el mundo. En estos bosques, van también a hacer sus sacrificios y entierran oro y esmeraldas en ellos, lo cual está muy seguro que nadie tocará en ello, porque pensarían que luego se habían de caer muertos; lo mismo es en lo de las lagunas, las que tienen dedicadas para sus sacrificios, que van allí y echan mucho oro y piedras preciosas que quedan perdidas para siempre. Ellos tienen al sol y a la luna por criadores de todas las cosas y creen de ellos que se juntan como marido y mujer a tener sus ayuntamientos; además de estos, tienen otra muchedumbre de ídolos los cuales tienen como nosotros acá a los santos, para que rueguen al sol y a la luna por sus cosas; y así los santuarios y templos de ellos está cada uno dedicado

al nombre de cada ídolo; además de estos ídolos de los templos, tiene cada indio, por pobre que sea, un ídolo particular y 2 y 3 y más que es a la letra lo que en tiempo de gentiles llamaban *lares*. Estos ídolos caseros son de oro muy fino y en lo hueco del vientre muchas esmeraldas, según la calidad de que es el ídolo; y si el indio está pobre que no tiene para tener ídolo de oro en su casa, tiénelo de palo y en lo hueco de la barriga pone el oro y las esmeraldas que puede alcanzar; estos ídolos caseros son pequeños y los mayores son como el codo a la mano; es tanta la devoción que tienen, que no irán a parte ninguna, ora sea a lavar a su heredad, ora sea a otra cualquier parte, que no lo llevan en una espuerta pequeña, colgado del brazo; y lo que más es de espantar, que aun también los llevan a la guerra y con un brazo pelean y con el otro tienen su ídolo, especialmente en la provincia de Tunja donde son mas religiosos.

En lo de los muertos entiérranlos de dos maneras: métenlos entre unas mantas muy liados sacándoles primero las tripas y lo demás de las barrigas y echándoselas de su oro y esmeraldas, y sin esto les ponen también mucho oro por de fuera, a raíz del cuerpo, y encima todas las mantas liadas, y hacen unas como camas grandes un poco altas del suelo, y en unos santuarios, que solo para esto de muertos tienen dedicados, los ponen y se los dejan allí,

encima de aquellas camas, sin enterrar para siempre, de lo cual después no han habido poco provecho los españoles. La otra manera de enterrar muertos es en el agua, en lagunas muy grandes metidos los muertos en ataúdes, y de oro si tal es el indio muerto, y de dentro del ataúd el oro que puede caber y más las esmeraldas que tienen puestas allí dentro del ataúd con el muerto, lo echan en aquellas lagunas muy hondas en lo más hondo de ellas. Cuanto a la inmortalidad del alma, créenla tan bárbara y confusamente que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos es el mismo cuerpo o el ánima, pues lo que ellos dicen es que acá no ha sido malo sino bueno, que después de muerto tiene muy gran descanso y placer, y que el que ha sido malo tiene muy gran trabajo, porque le están dando muchos azotes; los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra, dicen que estos, aunque han sido malos por solo aquello, están con los buenos descansando y holgando; y así dicen que el que muere en la guerra y la mujer que muere de parto, que se van derechos a descansar y a holgar, por solo aquella voluntad que han tenido de ensancharse y acrecentar la república, aunque antes hayan sido malos y ruines.

De la tierra y nación de los panches, de que alrededor está cercado todo el dicho Nuevo Reino,

hay muy poco en su religión y vida moral que tratar, porque es gente tan bestial que ni adoran ni creen en otra cosa sino en sus deleites y vicios y a otra cosa ninguna tienen aspiración; gente que no se les da nada por el oro ni por otra cosa alguna sino es por comer y holgar, especialmente si pueden haber carne humana para comer, que es su mayor deleite; y para este solo efecto hacen siempre entradas y guerras en el Nuevo Reino. Esta tierra de los panches es fértil de mantenimientos y comida la mayor parte de ella, porque otra parte de ella es menos abundante, y otra muy menos; y viene a tanto la miseria en alguna parte de los panches, que cuando se los sujetó, se topó en los que habitan la tierra de Tunja, entre dos ríos caudalosos en unas montañas, una provincia de gente no muy pequeña cuyo mantenimiento no era otra cosa sino hormigas y de ellas hacen pan para comer amasándolas; de las cuales hormigas hay muy grande abundancia en la misma provincia y las crían en corrales para este efecto, y los corrales son unos atajos hechos de hojas anchas; y así hay allí en aquella provincia diversidades de hormigas unas grandes y otras pequeñas.

Tornando al Nuevo Reino digo que se gastó la mayor parte del año de 38 en acabar de sujetar y pacificar aquel reino; lo cual acabado, entendió luego el dicho licenciado, en poblarlo de españoles y edificó

luego tres ciudades principales: la una en la provincia de Bogotá y llamada Santa Fe; la otra llamola Tunja, del mismo nombre de la tierra; la otra Vélez, que es luego a la entrada del Nuevo Reino, por donde él con su gente había entrado. Ya era entrado el año de 39 cuando todo esto se acabó; lo cual acabado, el dicho licenciado se determinó de venir en España a dar cuenta a Su Majestad por su persona, y negociar sus negocios; y dejó por su teniente a Hernán Pérez de Quesada, su hermano; así se hizo y para aderezar su viaje, hizo hacer un bergantín en el Río Grande, el cual hizo descubrir desde el Nuevo Reino y lo descubrieron detrás de la tierra de los panches, hasta 25 leguas del dicho Nuevo Reino; y así no fue menester volver por las montañas de Opón, por donde había entrado, que fuera pesadumbre muy grande. Un mes antes de la partida del dicho licenciado vino por la banda de Venezuela Nicolás Federmann, capitán y teniente de gobernador de Jorge Espira, Gobernador de la provincia de Venezuela por los alemanes, con noticia y lengua de indios que venían a una muy rica tierra; traía 150 hombres. Así mismo, dentro de otros 15 días, vino por la banda del Perú Sebastián de Belalcázar, teniente y capitán en el Quito por el Marqués Don Francisco Pizarro, y traía poco más de 100 hombres, que también acudió allí con la misma noticia; los cuales se hallaron burlados cuando

hallaron que el dicho licenciado y españoles de Santa Marta estaban en ello cerca de tres años había. El dicho licenciado les tomó la gente, porque tenía necesidad de ella para repartirla en los pueblos de españoles que había edificado. La de Federmann, tomola toda, y de la de Belalcázar, tomó la mitad, y la otra mitad se volvió a una provincia que el dicho Belalcázar dejaba poblada entre el Quito y el Nuevo Reino que se llama Popayán, de que al presente es gobernador. Después de tomada la gente a estos capitanes y repartida, les mandó a ellos que se embarcasen en los bergantines con él para la costa de la mar y para España, lo cual, así esto como lo de la gente, tomaron impacientísimamente estos capitanes, especialmente Nicolás Federmán, que decía que se le hacía notorio agravio en no darle su gente y libertad a su presencia, para volver a su gobernación; pero sin embargo de esto, el Licenciado los sacó de la tierra y los trajo en sus bergantines a la costa de la mar, y de allí ellos holgaron de venir en España a la cual vino el dicho licenciado por noviembre, el año de 39, cuando Su Majestad comenzaba a atravesar por Francia por tierra para Flandes. El dicho licenciado trajo grandes diferencias de pleitos con Don Alonso de Lugo, adelantado de Canaria, casado con Doña Beatriz de Noroña, hermana de Doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de León. Los pleitos fueron



Flebotomía realizada a una nativa Kuna del Darién (detalle), en Wafer, Lionel, *A New Voyage and Description of the Isthmus of America*. Londres, 1699, p. 140.

sobre este Nuevo Reino de Granada, porque decía el dicho adelantado que su padre, el otro adelantado, tenía la Gobernación de Santa Marta por dos vidas, por la del padre y por la del hijo, y porque el dicho Nuevo Reino entraba en la demarcación de la provincia de Santa Marta; y así, los del Consejo mandaron que entrase en la dicha Gobernación de Santa Marta y metieron la una gobernación en la otra, y el dicho Don Alonso las fue a gobernar; y después vino y Su Majestad, por mejor manera de Gobernación, ha puesto allí una Cancillería Real con ciertos oidores, que tienen cargo de aquellas provincias y de otras comarcanas.

A este Nuevo Reino de Granada puso este nombre el dicho licenciado, así por vivir él, cuando venía de España, en este otro Reino de Granada de acá, y también porque se parecen mucho el uno al otro, porque ambos están entre sierras y montañas, ambos son de un temple más fríos que calientes, y en el tamaño no difieren mucho.

Su Majestad por el servicio de haberle descubierto, ganando y poblando el Nuevo Reino el dicho licenciado, le hizo merced de darle título de mariscal del dicho reino, dióle más de 2000 ducados de renta en las rentas del dicho reino, hasta que le dé perpetuidad para la memoria de él y sus descendientes; dióle más provisión para suplir él la ausencia que

había hecho del dicho Nuevo Reino, para que le den sus indios que rentan más de otros 8.000 ducados; y más le hizo su alcalde de la principal ciudad del dicho reino, con 400 ducados cada año, y más ciertos regimientos y otras cosas de menos calidad.

El dicho licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, mariscal que ahora es del dicho Nuevo Reino de Granada, es hijo del licenciado Gonzalo Jiménez y de Isabel de Quesada, su mujer; viven en la ciudad de Granada; su naturaleza y el de sus pasados es de la ciudad de Córdoba.



Pedro Cieza de León
(1518-1554)

Nació en Llerena, España, en 1518, y murió en Sevilla en 1554. Pasó a las Indias, siendo aún adolescente, con el objetivo de labrar fortuna. Participó en las huestes exploradoras de los capitanes Alonso de Cáceres y Jorge Robledo en el norte de la América meridional. Llegó al Perú en 1547 con Sebastián de Belalcázar, casi al final de la rebelión de Gonzalo Pizarro. Cieza se unió a las tropas del pacificador Pedro de la Gasca, quien en Xaquixahuana terminó venciendo y ajusticiando a los caudillos rebeldes. En las postrimerías de 1551 retornó a España y dos años después, en Toledo, le presentó al príncipe Felipe la primera parte de su *Crónica del Perú*, la única que en vida pudo ver impresa, pues las otras dos se publicaron en los siglos XIX y XX, respectivamente.

Las fuentes de Cieza merecen especial consideración, pues revelan una serie de observaciones propias de un cronista soldado, testigo de lo que narra. Reconstruyó con su elegante pluma el pasado andino y las guerras civiles de los conquistadores. Visitó los monumentos cuzqueños y de otras regiones, y consultó la información de los mismos indígenas. Aunque no gozó de una formación académica, Cieza alude con frecuencia a los autores clásicos y es dueño de un estilo ágil y seguro.



Pedro Cieza de León (1518-1544).

Crónica del Perú (1551)

Capítulo xix. De los ritos y sacrificios que estos indios tienen: y cuán grandes carniceros son del comer carne humana.

Las armas que tienen estos indios son dardos, lanzas, hondas, tiraderas con sus estólicas. Son muy grandes voceadores, cuando van a la guerra llevan muchas bocinas y tambores, y flautas, y otros instrumentos. En gran manera son cautelosos y de poca verdad: ni la paz que prometen sustentan. La guerra que tuvieron con los españoles se dirá adelante en su tiempo y lugar. Muy grande es el dominio y señorío que el demonio enemigo de la natura humana, por los pecados de esta gente sobre ellos tuvo, permitiéndolo Dios: porque muchas veces era visto visiblemente por ellos. En aquellos tablados tenían muy grandes manojos de cuerdas de cabuya a manera de crizneja, la cual nos aprovechó para hacer alpargates, tan

largas que tenían a más de cuarenta brazas cada una de estas sogas. De lo alto del tablado ataban los indios que tomaban en la guerra por los hombros, y dejábanlos colgados, y a algunos de ellos sacaban los corazones y los ofrecían a sus dioses o al demonio, a honra de quien se hacían aquellos sacrificios, y luego sin tardar mucho comían los cuerpos de los que así mataban. Casa de adoración no se les ha visto ninguna, mas de que en las casas o aposentos de los señores tenían un aposento muy esterado y aderezado. En Paura vi yo uno de estos adoratorios como adelante diré: en lo secreto de ellos estaba un retrete, y en él había muchos incensarios de barro, en los cuales en lugar de incienso quemaban ciertas yerbas menudas. Yo las vi en la tierra de un señor de esta provincia llamado Yayo, y eran tan menudas que casi no salían de la tierra, unas tenían una flor muy negra y otras la tenían blanca. En el olor parecían a verbena y estas con otras resinas quemaban delante de sus ídolos. Y después que han hecho otras supersticiones, viene el demonio, el cual cuentan que les aparece en figura de indio, y los ojos muy resplandecientes, y a los sacerdotes o ministros suyos daba la respuesta de lo que le preguntaban y de lo que querían saber. Hasta ahora en ninguna de estas provincias están clérigos ni frailes, ni osan estar, porque los indios son tan malos y carniceros, que muchos han comido

a los señores que sobre ellos tenían encomienda, aunque cuando van a los pueblos de los españoles les amonestan que dejen sus vanidades y costumbres gentílicas, y se alleguen a nuestra religión recibiendo agua de bautismo, y permitiéndolo Dios, algunos señores de las provincias de esta gobernación se han tornado cristianos, y aborrecen al diablo, y escupen de sus dichos y maldades. La gente de esta provincia de Arma son medianos de cuerpo, todos morenos, tanto que en el color todos los indios e indias de estas partes (con haber tanta multitud de gentes, que casi no tiene número, y tan gran diversidad y largura de tierra) parece que todos son hijos de una madre y de un padre. Las mujeres de estos indios son de las feas y sucias que yo vi en todas aquellas comarcas. Andan, ellas y ellos desnudos, salvo que para cubrir sus vergüenzas se ponen delante de ellas unos maures tan anchos como un palmo, y tan largos como palmo y medio, con esto se tapan la delantera, lo demás todo anda descubierto. En aquella tierra no tenían los hombres deseo de ver las piernas a las mujeres, pues que ora haga frío o sientan calor, nunca las tapan. Algunas de estas mujeres andan trasquiladas y lo mismo sus maridos. Las frutas y mantenimientos que tienen son maíz y yuca y otras raíces muchas y muy sabrosas, y algunas guayabas, y paltos, y palmas de los pijivaes.



Detalle de una antigua representación de los indígenas del Nuevo Mundo como fueron encontrados por los portugueses en la costa norte de América del Sur. Publicada en Augsburgo, entre 1497 y 1504. Tomada de *Narrative and Critical History of American*, Nueva York, Houghton, Mifflin and Company, 1886, II: 19.

Los señores se casan con las mujeres que más les agrada: la una de estas se tiene por la más principal. Y los demás indios cásanse unos con hijas y hermanas de otros sin orden ninguno, y muy pocos hallan las mujeres vírgenes. Los señores pueden tener muchas, los demás a una y a dos y a tres, como tiene la posibilidad. En muriéndose los señores o principales, los entierran dentro en sus casas, o en lo alto de los cerros, con las ceremonias y lloros que acostumbran los que de uso he dicho. Los hijos heredan a los padres en el señorío, y en las casas y tierras. Faltando hijo lo hereda el que lo es de la hermana y no del hermano. Adelante diré la causa porque en la mayor parte de estas provincias heredan los sobrinos hijos de hermana y no de hermano, según yo oí a muchos naturales de ellas, que es causa que los señoríos o cacicazgos se hereden por la parte femenina y no por la masculina. Son tan amigos de comer carne humana estos indios, que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir, y con ser de sus mismos vecinos, arremeten a ellas, y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña, y sacar la criatura, y habiendo hecho gran fuego en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar a la madre y con las inmundicias comérsela con tanta prisa que era cosa de espanto. Por los cuales pecados y otros que estos

indios cometen, ha permitido la divina providencia, que estando tan desviados de nuestra región de España, que casi parece imposible, que se pueda andar de una parte a otra hayan abierto caminos y carreras por la mar tan larga del océano, y llegado a sus tierras, adonde solamente diez o quince cristianos que se hallan juntos, acometen a mil y a diez mil de ellos, y los vencen y sujetan. Lo cual también creo no venir por nuestros merecimientos, pues somos tan pecadores, sino por querer Dios castigarlos por nuestra mano, pues permite lo que se hace. Pues volviendo al propósito, estos indios no tienen creencia a lo que yo alcancé, ni entienden más de lo que permite Dios que el demonio les diga. El mando que tienen los caciques o señores sobre ellos no es más de que les hacen sus casas, y les labran sus campos, sin lo cual les dan mujeres las que quieren, y les sacan de los ríos oro, con que contratan en las comarcas. Y ellos se nombran capitanes en las guerras, y se hallan con ellos en las batallas que dan. En todas las cosas son de poca constancia. No tienen vergüenza de nada, ni saben qué cosa sea virtud, y en malicias son muy astutos unos para con otros. Adelante de esta provincia a la parte de Oriente está la montaña de susodicha, que se llama de los Andes, llena de grandes sierras. Pasada esta, dicen los indios que está un hermoso valle con un río que pasa por él, adonde (según dicen

estos naturales de Arma) hay gran riqueza y muchos indios. Por todas estas partes las mujeres paren sin parteras, y aun por todas las más indias, y en pariendo, luego se van a lavar ellas mismas al río, haciendo lo mismo a las criaturas, no hay hora ni momento en que se guarden del aire ni sereno, ni les hace mal. Y veo que muestran tener menos dolor cincuenta de estas mujeres que quieren parir, que una sola de nuestra nación. No sé si va en el regalo de las unas, o en ser bestiales las otras.



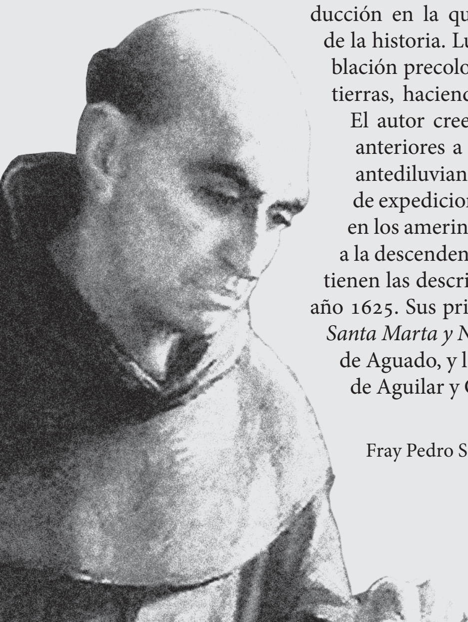
Atribución de las costumbres nativas al influjo de Satanás, en Cieza de León, Pedro, *Crónica del Perú*. Sevilla, 1553, xxii.

Fray Pedro Simón (1574-c.1628)

Religioso e historiador español. Nació en La Parrilla, Cuenca, en 1574. Tras realizar sus estudios en Cartagena (España), fue ordenado sacerdote e ingresó a los franciscanos. En 1603 pasó a Nueva Granada; estuvo en Santo Domingo y llegó a ser provincial de la orden franciscana en el Nuevo Reino de Granada.

A él se debe la crónica *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, cuya primera parte se publicó en Cuenca en 1626. Los cuatro tomos con que completó la obra verían la luz póstumamente (Bogotá, 1891-92). Una parte se tradujo al inglés con el título de *Expedition of Pedro de Ursua and Lope de Aguirre* (Londres, 1861). Para la redacción de esta obra el autor utilizó los escritos de Jiménez de Quesada, Castellanos, Medrano, Pedro de Aguado y Diego de Aguilar. A juicio de un crítico es la relación más completa y valiosa de los acontecimientos acaecidos en el siglo xvi en Nueva Granada.

Las *Noticias historiales* comienzan con una introducción en la que Pedro Simón expone su concepto de la historia. Luego analiza el descubrimiento, la población precolombina y el nombre dado a las nuevas tierras, haciendo gala de un escaso espíritu crítico. El autor cree en la existencia de dos poblaciones anteriores a la llegada de Colón a las Indias, una antediluviana y otra posterior, aceptando la tesis de expediciones cartaginesas y hebreas. A su juicio, en los amerindios se dan los caracteres profetizados a la descendencia de la tribu de Isacar. Mayor interés tienen las descripciones entre la llegada de Colón y el año 1625. Sus principales fuentes fueron la *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, de fray Pedro de Aguado, y la *Jornada de Pedro de Ursúa*, de Diego de Aguilar y Córdoba. Murió en Ubaté, hacia 1628.



Fray Pedro Simón, según retrato de Francisco A. Cano.

Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales (1626)

Capítulo viii

Poca noticia que han tenido estos indios de su origen.—Gigantes que había en estas tierras.—Ignorancia de estos indios y supersticiones.—Pacto que tenía con el Demonio un mestizo, Luis Andrea.

La misma igual y ciega fortuna han corrido toda la ciega gentilidad de los indios de estas tierras de este Nuevo Mundo en rastrear su origen y principios de donde descienden, de que nos ha sido maestra la larga experiencia que de las muchas provincias que hemos pasado hemos conocido, y de las demás que hemos visto en las largas historias que hay de estas materias; y así, no siendo de mayores talentos las de estas provincias de que vamos tratando, de entre los dos ríos del Darién y el de la Magdalena, que la de los demás descubiertos (porque quien ve un indio ve a todos los de este Nuevo Mundo, con bien poca

o ninguna diferencia de costumbres y habilidades), con la misma ceguera y tinieblas que los demás sienten de su origen, pues los urabaes decían que los principios de sus mayores habían sido de la otra parte del gran río Darién, sin saber otro origen ni tener habilidad para investigarlo. Los de la costa Tolú de la boca de la ensenada de Acla hasta los Calamares, que hoy es la ciudad de Cartagena, decían que su origen había sido de un hombre llamado Mechion y de una mujer llamada Maneca, y que ésta tenía sólo una teta, donde se recogía la leche de ambas y la daba con más fuerza y abundancia a sus hijos, razón bastante por donde salían tan valientes. También tienen por tradición o por saberlo por noticias o por haber descubierto huesos de más de marca, que hubo gigantes en toda aquella provincia, gente que tenía tres cuerpos de los hombres ordinarios, y con el mismo exceso eran sus fuerzas y comidas, y aun sus ruines costumbres, pues las tenían de usar el pecado nefando a que se entregaban con tanta bestialidad unos con otros, que aborrecían de muerte a las mujeres, con quien sólo se juntaban para sólo la generación, y cuando nacían hembras, las ahogaban entre las manos (como dicen) o la comadre; pero no quedaron sin castigo estas abominaciones, siéndoles verdugo el cielo con rayos que les arrojó y consumió hasta el último.

No parece esta tradición increíble si se advierte que dejo tan probado de esta materia a los principios de mi primera parte, y lo que dice San Agustín en su tomo de la «Ciudad de Dios», libro xv, donde trata con autoridad de otros autores en muchas partes del mundo haberlos habido, y que el mismo Santo y otros muchos que con él vieron en la costa de Úticao Biserta un diente molar de un hombre, tan grande que si le partieran por medio e hicieran otros del tamaño de los nuestros, se pudieran hacer ciento, y que cree el Santo que aquel fue de algún gigante en cuerpo y fuerzas. Atestigua también de estas cosas Virgilio, que dice en su Eneida haber habido en cierta batalla un hombre tan valiente que arrebató una piedra que estaba puesta por mojonera de un término y corriendo la arrojó a otro, cuya grandeza era de suerte que doce hombres de nuestro tiempo apenas le hicieran perder tierra; y concluyendo el capítulo, el Santo dice: ¿Por ventura no es creíble que en alguna parte haya ahora lo que aquí no hay? ¿Y que en algún tiempo hubo lo que ahora no hay? Dando a entender que muchas cosas de las que no vemos ni hay en las tierras que pisamos, las hay y puede haber en otras muchas, y de sus muertes con rayos puede ser que sobre merecerlas sus abominables pecados, fuesen de aquellos que trata el profeta Baruc, que en ciertas tierras fueron aquellos gigantes tan nombrados

desde el principio, de grande estatura y belicosos. No escogió el Señor a estos ni les comunicó el camino de la ciencia, sino que perecieron, y porque les faltó la sabiduría se perdieron por su inconsideración, que también la refiere el mismo San Agustín en el mismo libro, Cap. XXIII.

Era también su ignorancia en conocer el primer principio de todas las cosas tal, que en ninguno de los de esta tierra se halló este conocimiento, aunque lo tenían de las diferencias de tiempos para sus labranzas, sementeras y cosechas de maíz, yucas, batatas y otras raíces de su comida ordinaria, y así con esta ceguera de no atinar a rastrear esto, seguían las persuasiones del demonio que las daba, y que esta era la suya, y como su talento no se extendía a pedir razón de aquello, como jamás se ha extendido a pedirla a los españoles de la ley que les predicaba (la más valiente señal de la ignorancia que se ha hallado entre ellos), con facilidad determinaron adorarle, haciéndole particulares templos y casas, donde se les aparecía a los mohanes y a los más viejos en diferentes y espantables figuras, y haciéndoles pasar adelante con tales disparates, les persuadía que adorasen a vueltas muchas suertes de animales de diversas materias; pero en especial y más comúnmente los hacían de oro, de que pudo dar buen testimonio don Pedro de Heredia con su gente, pues llegando a

conquistar (poblada ya la ciudad de Cartagena) los pueblos de la costa de mar a la parte del Río Grande de la Magdalena, que el del Levante, halló en la gran ciudad de Cipacua un valiente templo de su adoración, en que adoraban un puerco espín de oro fino, que, como le manifestó la romana, pesaba cinco arrobas y media, y en el templo de otro pueblo llamado Carnapacua, se encontraron que tenían por sus dioses a ocho patos de oro fino en un valiente templo, que pesaron cuarenta mil ducados y a este modo más o menos con ningún templo encontraban que no les enriqueciese.

Dedicados al culto de estos templos, tenían sus mohanes, que daban al pueblo sus respuestas de lo que consultaban al demonio, con grandes supersticiones y hechicerías, en que estaban tan aferrados que no ha sido bastante la doctrina evangélica y maestros de la fe que los han enseñado, para desarraigárselas hasta hoy, como se echó de ver los años pasados en la confesión que hizo en la Santa Inquisición y se leyó en un acto público que se tuvo en esta ciudad de Cartagena el año 1613, de un mestizo hijo de español e india, llamado Luis Andrea, natural del pueblo de Tubaxa, donde estuvo doctrinando cuatro o cinco años aquel santísimo varón, fray Luis Beltrán, de la Orden de nuestro padre Santo Domingo; circunstancia que se debe advertir por la gran



Detalle de un grabado de Theodor de Bry que representa a los indios Tupi atormentados por demonios, en De Bry, Theodor de Bry, *Americae tertia pars*. Frankfurt, 1592, p. 223.

solicitud que tuvo el Santo (como en su lugar diremos) para extirpar las mohanerías e idolatrías en que los halló.

Decía, pues, el mestizo, que viéndole a él por herencia el ser mohán de aquel pueblo y no pudiendo ejercer el oficio por su poca edad, suplió esta falta un tío suyo hasta que él la vino a tener, y habiéndole industriado el tío y él tomándolo bien de memoria en el modo con que había de invocar al demonio, le dio la investidura de oficio, entregándole en unas ollas de barro ciertas piedrezuelas al modo y cantidad de habas, y diciéndole el que había de guardar para invocarle; apenas comenzó a menearlas en la olla, dentro del templo, cuando se le apareció en figura humana y le habló dándole las gracias por haber recibido el oficio y ofreciéndole todo su valor en la prosecución de él, con que se desapareció por esta vez. Llamábase el demonio Buziraco y decía que hacía muchos años era su particular asistencia en la popa que la llama esta ciudad de La Galera, que es un promontorio o cerro dilatado que corre de Sur a Norte, un cuarto escaso de legua de la ciudad al Levante, que por tener forma de galera cubierta, la llaman así, y que desde allí corría muchas partes de estas provincias solicitando las almas de los indios a las ignominias y disparates en que los traía; pero que después que poblaron allí (como hoy lo está) un

convento de Descalzos de la Orden de San Agustín, desamparó aquel lugar y se fue a una punta que entra en el mar, dos leguas de allí, que llaman de los Icacos; con que podrá desengañarse el hereje y conocer la importancia que tenga el fundar templos y conventos, pues son tan poderosos que no pudiéndolos resistir el demonio ni sufrir la santidad de ellos, desampara los lugares y, huyendo muy lejos, busca otros donde no halle esta contradicción, como lo hizo a aquel santo convento los seis primeros meses que se comenzó a fundar, cayendo allí extraordinarias tempestades de rayos y aguaceros, pretendiendo con esto estorbar la obra.

Capítulo ix

Aparecimientos del demonio al mestizo Luis Andrea.— Ofrecimientos que le hacían por medio del mestizo los indios.—Modo que tenían en sus casamientos.

Procuró luego el Buziraco acreditar su mohán con todos los indios del pueblo y convecinos, dándole y mostrándole hierbas con que les curaba de todas suertes de enfermedades y advirtiéndole que nunca curase a españoles, porque no viniese a ser descubierto. Dábales estas hierbas el mohán a los indios, molidas, para que no viniesen a conocerlas los indios

y a hacerse comunes y su ciencia de menos estima, con que vino a cobrarla tan grande, en toda la comarca de Tubará, que no son pocos pueblos, era de los más famosos mohanes de su tiempo y a quien más frecuentaban en las consultas de sus enfermedades, porque Buziraco le era tan familiar como lo es un grande amigo de otro, sin faltarle en ocasión de aparecérsele cuando le invocaba. En una se le apareció en un caballo y una lanza en la mano, y un gran sombrero de paja en la cabeza, al encuentro de una senda por donde iba el mohán, y con airado rostro le comenzó a reprender con palabras severas porque trataba de confesarse; quejábase de él que le quería dejar confesando sus culpas después de haberle hecho tantos favores y famoso en acreditarle en toda la comarca, y amenazándole con graves castigos si pasaba adelante con sus intentos, se desapareció. Pero los aparecimientos más famosos que le hacía en todo el año eran dos: la noche de San Juan y la de la natividad de Cristo, queriendo en estos días tan célebres hacerse estimar y que los pobres indios dejasen de acudir a lo que la santa madre Iglesia les ordenaba en noches y días tan festivos.

Aparecíase de esta manera: mandaba que en su bohío (que siempre se le tenían dedicado o en el pueblo o la montaña, a oscuras de los españoles, y en especial del Padre doctrinero), le tuviesen prevenido

un vaso grande como media tinaja de a seis arrobas (que en el Nuevo Reino llamaban moya), llena de agua y que a la media noche estuviesen dentro del bohío el mohán y los indios e indias más viejos del pueblo, y de ninguna manera mozos (recelando el descubrirse por los mozos el secreto) y como iban entrando las mujeres se iban quitando sus collarejas, manillas y otras piezas de oro y echando dentro de la moya, y el mohán tenía echada en la misma agua unas hojas de tabaco y preparado mucho en polvo para lo que luego hacía. El estar todo esto dispuesto y la gente en el bohío, era la hora que se había de invocar el jeque, como lo hacía meneando sus piedrezuelas, a cuyo son le veían y oían con brevedad dentro del agua de la moya, porque lumbre era excusada en fiesta de padre de tinieblas. Desde allí, haciendo ruido en el agua, que era seña de que lo tenían presente, les hacía una breve arenga a todos, dándoles las gracias de lo bien que le servían y de que le hubiesen querido venir a honrar en aquella noche, que tanto los cristianos honraban el nacimiento de Cristo y San Juan. Estaban los oyentes a todo con profundo silencio, con que oían bien el ruido que Buziraco hacía en el agua, dando a entender que se lavaba y restregaba a prisa con las hojas de tabaco todo su cuerpo; haciendo en esto una pausa de cuando en cuando, tomaba en la boca del tabaco en polvo y pulverizaba

con él a todos, y todos hacían lo mismo a él, con el que cada cual tenía, volvíales a hablar.

Hecho esto, diciendo a las mujeres que él no era interesable, antes deseaba darles muchas cosas, y que así tomasen sus collarejos, zarcillos y piezas de oro y se las llevasen, que él sólo quería que la fiesta, el tabaco en hoja y polvo, porque eran manjar muy de su gusto; y que llevasen aquel agua donde él se había lavado, y rociándoles con ella, santificasen sus casas, como los hispanos lo hacían en las suyas con el agua bendita, con que se desaparecería y acababa la fiesta; y este, han advertido los cristianos, es el común medio de invocar al demonio en estas tierras, por haber hallado su bohío con esta disposición de vasos en diversas partes.

Seguían en sus casamientos los de estas provincias casi el mismo modo que los de todas, con pocas ceremonias y de ordinario vanas, porque la dote de ambos era poco más que el entrego de sus personas, con que se gastaba poco tiempo en el concierto. Esto lo hacían los mayores de novio y novia, y la señal de quedar efectuado, era enviar él a ella una hamaca, y ella a él dos, tejidas de algodón, y según la mayor o menor nobleza de los novios (porque esta siempre se ha reconocido entre todas estas naciones como en las demás del mundo), era la fineza de las telas de las hamacas, porque las del vestido de ambos era las que

les dio naturaleza, toda descubierta; sólo se ponían en las partes honestas, ellos, canutillos de oro fino con que las cubrían, y en las plantas unos pedazos de cuero de venado, a modo de las abarcas de los labradores de tierra, que llaman de cuenca, atados por arriba con unos cordelejos, por el gran fuego de la tierra, que llaman cambarcos. Procedíase luego a la borrachera en la casa del novio (habiéndole ya entregado la esposa), a que acudían todos los de la parentela de ambas partes y los que querían del pueblo, estando prevenidas muchas múcuras de chichas y totumas en que beberla, que es el vaso más a propósito que se ha hallado para este brebaje, porque así como el vino es su propio vaso el de oro o la plata, para la aloja, cerveza y sidra, el de vidrio, para el agua el de la tierra sin vidriar, para el chocolate, atole y pinole, el coco, así para la chicha, guarapo y masato son vasos acomodados las totumas. En una de ellas había de poner el novio en la borrachera algunos granos o puntas de oro hasta el valor de una docena de castellanos, que acabada de llenar de chicha, daba al suegro. Esto se hacía tres veces, con intervalo de quince días, con que acababa el brindis hasta haber parido la novia, porque entonces volvía a resucitar, en alegría del primer hijo. Esto era con todas las que se casaban aunque fuesen muchas.



Detalle de un consejo indígena fumando tabaco, en Wafer, Lionel, *A New Voyage and Description of the Isthmus of America*. Londres, 1699, p. 102.

Capítulo x

No reparaban estos indios en hallar a sus mujeres doncellas.—Guerras que tenían unos con otros y animales que se crían en estas tierras.—Dos maravillosas fuentes, y las propiedades del perico ligero.

No se reparaba mucho en que la novia estuviese doncella; antes los casamientos de más estima eran los que se hacían con las mozas que habían sido públicas, porque de este trato se usaba mucho, en que se ejercitaban casi todas las doncellas, como lo supieron los españoles en lo que le sucedió a don Pedro de Heredia y sus soldados en el pueblo de Cipacua, donde estando alojados en cierta labranza no lejos del pueblo, después de haberles enviado el cacique cuatrocientas cargadas de diferentes comidas, le envió más de cien mozas, todas de tan buen parecer, graciosas, hermosas y risueñas, que fueron ocasión a que se pusiesen los nuestros por nombre el pueblo de Las Hermosas. No traían otra cosa cubierta de su cuerpo más que lo que podían cubrir muchas vueltas de cuencas de chaquira entremetidas con granillos de oro en las gargantas de los pies, brazos y cuello; pero después de casadas caían tanto en el adulterio, que no pagaban menos que con la vida ambos adúlteros. Tampoco se reparaba en los grados prohibidos por naturaleza, pues el padre se juntaba con su hija y aun con su madre: nunca usaron

el pecado nefando ni comer carne humana, a lo menos los que alcanzaban costa de mar y ciénagas donde podía haber pescado, a cuyo rescate y de las hamacas que hacían de algodón, venía gran suma de indios de la tierra adentro con buenas sumas de oro, que era el que tenían en estas provincias, porque en ellas no se han hallado hasta hoy minerales de él.

Sus guerras eran sin cesar, unas provincias y pueblos con otros, porque el enemigo de la paz a quien servían no les dejaba descansar un punto sin que anduviesen derramando sangre humana, si bien esto los hacía más valientes, aun hasta las mujeres, que lo eran, como dejamos dicho, pues al lado de sus padres y maridos solían hacer mayor riza que ellos en sus enemigos. Salían a las guazabaras con valientes crestas y penachos de ricas y varias plumas entrilladas, las de la nobleza, en cintas de oro fino, con que ceñían sus cabezas; embijados los cuerpos por parecer más horribles; las armas eran flechas de hierba, porque como no comían la carne de los que mataban no les importaba quedase infecta; usaban de macanas, lanzas y hondas y de algunos paveses de tabla. Eran destrísimos en el manejo de todas; sus comidas eran las ordinarias de esta tierra: maíz, yuca, batatas, fríjoles y otros, que todo se da con abundancia por ser tierras calientes. También comían aves, que son las tierras abundantísimas de varias especies

y hermosa plumería, con que hacían sus galas por sus guerras y fiestas, que era para lo que más se aprovechaban de ellas, que de ordinario para comer son durísimas, como son los papagayos, de que hay innumerables y de muchas diferencias, periquitos que son papagayos como tordos, guacamayas, catarnicas, perdices, que si su dureza no las defendiera en el plato, son de razonable carne, pavas, paujiles. También comían de los animales, como iguanas, que son de figura de sierpes, que a no enmendar con su buen gusto su catadura, más fueran de aborrecer que de estimar; puercos zainos con el ombligo en la parte de los riñones, y otros que llaman de manada, que parecen los nuestros, guaquiras, guardatinajas, hicoteas, morrocoyes, tortugas, muchas suertes de fruta, que aunque algunas son desabridas, otras se enmiendan. En las aves he advertido que aunque son más hermosas del común que las de nuestra Europa, todas son de muy ruines cantos, pues ninguna hay que agrade hasta poderla enjaular. Las aguas en común en todas las provincias, desde la villa de Tolú hasta el río de la Magdalena, son muy gordas y desabridas, de que goza su parte la ciudad de Cartagena. Los arroyos se esconden los veranos, corriendo una cuarta parte por debajo de la arena, como yo la he hallado y he bebido a veces. Sus muertos enterraban al modo que hemos dicho de otras provincias, enterrando con el

cuerpo del cacique y otros principales, viva la mujer que querían (que cada cual podía tener todas las que pudiera sustentar), porque aunque se preciaban de hermosas, sus galas eran poco costosas, por ser lo que hemos dicho, y cuando mucho las más honradas se ceñían hasta los pies una manta de algodón desde la cintura, y con otra se cubrían desde allí para arriba. En lenguas de estas provincias se llama el viento huracán, de donde se dice, pienso, tomaron nuestros castellanos mejorando el vocablo, para llamar a la revuelta de varios vientos huracán; porque como esta fue la primera Tierra-Firme que pisaron con intento de poblarla, hicieron también en ella principio a aprender vocablos de indios con quien habían de tratar, y mandando a la memoria entre los demás este vocablo «hurac» y lo que significaba lo aplicasen a llamar huracán a las revueltas de vientos.

Cerca de la villa de Tolú nacen dos maravillosas fuentes, la una a las raíces de un árbol, cuyas hojas en cayendo en el agua, se convierten en piedras, siendo ella de suyo dulce, clara y saludable para los que la beban; otra arroja el agua muy azul, y a veinte pasos que corre queda tan blanca como las comunes y también es saludable. Críanse en este país muchos pericos ligeros, llamados así por su mucha torpeza por contraposición, al modo que al negro le suele llamar Juan Blanco. Es animal feo, pero con su naturaleza es como



Detalle de un vista de Cartagena en época de Colón, tomada de *Narrative and Critical History of American*, Nueva York, Houghton, Mifflin and Company, 1886, II: 192.

lunar que hermosea la grandeza de las obras de Dios en este mundo. Consideré en él más cosas estos días que me trajeron a la celda, aquí en Cartagena, porque acertó a ser hembra y venir preñada, y habiendo parido un solo hijuelo bien parecido a la madre, advertí no tenía tetas con que criarlo siguiendo en esto la naturaleza de los micos (de que hay también innumerables y de muchas suertes en estos países); dábale de comer con la boca frutas de lo que ella comía, a cuyo cuello estaba asido el melendrillo, ya por la parte del pecho, ya de las espaldas, con tanta fuerza, que parecía exceder a su edad la que en esto ponía. Sube a los árboles frutales donde es su ordinaria estancia, por ser de lo que allí mantiene, nunca baja por donde subió, sino se deja caer a peso para pasar a otro árbol, porque no es su naturaleza bajar, sino subir, que esto hace muy bien con su paso flemático y doce fuertes uñas que tiene, tres en cada pie y mano. Advertí en lo que algunos dicen, que tiene pelada la parte sobre el corazón, a causa de apretarse allí mucho las uñas para la pasión de este mal de corazón en las personas; pero no experimenté lo uno ni lo otro. Dáse en estos países calientes, en especial a la boca del Río Grande de la Magdalena, mucha y muy medrada hierba de que se hace la piedra de Sosa y de que se ha hecho vidrio en esta ciudad de Cartagena y en la de Santa Fe, y mucho jabón. Es la gente tan buena como la que vi en el reino de Murcia.

Alexandre Olivier Exquemelin (¿1645-1707?)

Fue un escritor francés, autor de una de las obras que más fuentes documentales ha aportado al estudio de la piratería en el siglo XVII: *Piratas de América* (en holandés *De AmericaenscheZee-Roovers*), publicada en Ámsterdam por Jan ten Hoorn, en 1678.

Otro nombre con el que se lo conoció en traducciones al idioma español fue el de Alex-Olivier Oexmelin, médico y cirujano de piratas, de quien bajo el título *Diario*, el escritor José María Cañas publicó en 1959 en ediciones Zero de Barcelona.

Exquemelin se puso al servicio de la Compañía de las Indias Francesa y servía a la compra y venta de esclavos. En 1666 en el barco *Saint Jean* se dirigía hacia Indias Occidentales cuando el navío fue asaltado por piratas y Exquemelin, tal vez apresado o enrolado, circunstancial o voluntariamente, se estableció en la isla de la Tortuga, en donde permaneció tres años. Allí parece ser que aprendió el oficio de cirujano (entonces un trabajo artesanal asociado al de barbero) y, tras asociarse en la Cofradía de los Hermanos de la Costa, lo ejerció en barcos al mando de piratas célebres, como Henry Morgan o Bertrand d'Oregon, hasta 1674, en que una flota de la que formaba parte fue derrotada en Puerto Rico. Ese año, durante un breve periodo, regresó a Europa.

Su nombre aparece, como cirujano, en la lista de enrolados para el ataque a Cartagena de Indias de 1697. Participó también en los asaltos a Maracaibo, la isla de Santa Catalina —transcrita a continuación— y Panamá.



Retrato del pirata Henry Morgan publicado en el libro *Piratas de América*, de Alexandre Olivier Exquemelin, de 1678.

Piratas de América (1685)

Capítulo III

Parte Morgan de la isla Española y va a la de Santa Catalina, la cual toma.

Levantaron áncoras del cabo de Tiburón el día 16 de diciembre del año de 1670, y en cuatro jornadas llegaron a la vista de la isla de Santa Catalina, que estaba en posesión de españoles, como dijimos en la segunda parte de esta historia, y a la cual destierran a todos los malhechores de las Indias de España. Hállanse en ella grandes abundancias de palmas en ciertos tiempos del año y riéganla cuatro grandes arroyos, de los cuales dos casi se secan en verano; no se hace comercio alguno en ella, ni los moradores toman el trabajo de plantarla de más frutos que los que les son necesarios a la vida, aunque el país sería suficiente para hacer muy buenos plantíos de tabaco, y con ventajosos réditos que de él podrían sacar. Luego que Morgan estuvo cerca de su flota, hizo adelantar uno de sus navíos, el más velero, para reconocer la entrada de la ribera, y ver si había

algunos otros navíos de extranjeros que le quisiesen impedir el acercarse a la tierra firme, y, temiendo no llevasen las nuevas de su llegada, por miedo de que se pudiesen los españoles prevenir contra sus designios.

El día siguiente cuando amanecía ancoró toda la flota cerca de dicha isla, en una bahía llamada Aguada Grande, sobre la cual los españoles habían hecho una batería con cuatro piezas de artillería. Morgan, con mil hombres poco más o menos, saltó en tierra y formó escuadrones, comenzando a marchar por los bosques, aunque no tenían otras guías que algunos de su propia gente, que habían estado otra vez, cuando Mansvelt tomó y arruinó dicha isla. Llegaron el mismo día a un puesto donde el gobernador tenía otras veces su residencia ordinaria; hallaron una batería llamada la Plataforma de Santiago, dentro de la cual no hallaron persona, puesto que los españoles se habían retirado a la pequeña isla tan cercana de la grande, que por medio de un corto puente pueden pasar de una a otra parte.

Estaba fortificada dicha pequeña isla toda alrededor con baterías y fortalezas, de modo que parecía inconquistable; y, así que los españoles vieron venir a los piratas, dispararon tan furiosamente sobre ellos, que no pudieron avanzar nada, conque les fue preciso retirarse un poco y echarse a dormir en camas verdes, debajo del cubierto de las estrellas, no

extrañándolo, pues les sucede muy de ordinario. Lo que más les afligía era el hambre, porque en todo el día no habían comido cosa alguna. A la media noche comenzó a llover tan fuertemente, que casi no podían resistir aquellos miserables piratas, que no tenían otra cobertura más que sola una camisa y calzoncillos sin medias ni zapatos; y, como se hallaron a toda extremidad, derribaron algunas casillas para hacer fuego con sus maderas. Halláronse en tal estado, que, si hubiesen venido 100 hombres razonablemente armados, les podrían hacer a todos pedazos. Al alba del siguiente día cesó la lluvia, y limpiaron sus armas, que estaban todas mojadas, y prosiguieron la marcha; cuando en poco tiempo después volvió la lluvia, como si las nubes se hubiesen abierto más de lo ordinario; que fue causa de avanzar hacia las fortalezas, desde las cuales no dejaban continuadamente de disparar contra sus enemigos, que se acercaban.

Estaban los piratas en grande aflicción y peligro de la vida por las inclemencias del tiempo, su desnudez y la hambre canina que padecían, para cuyo alivio vieron en la campaña un caballo viejo, flaco y lleno de mataduras, al cual degollaron y desollaron con agilidad perruna, repartiéndole entre los que pudieron un pedacico alcanzar, que recibían con muestras de agradecimiento y asaban o, por mejor decir, quemaban; y sin más salsa, ni sal ni pan, se lo engulleron, usurpando

el tragadero, a modo de rebate, el oficio a los aguzados dientes. Aún la lluvia no cesaba, y Morgan conoció que sus camaradas comenzaban a murmurar, oyendo decir que se querían volver a bordo de sus navíos. Conque, entre estas fatigas, mandó armar una canoa con grande prisa y levantar en ella el estandarte blanco; enviola al gobernador español, diciendo que, si no se rendía con toda su gente voluntariamente en pocas horas, le juraba, y a todos los que con él estaban los pasaría a cuchillo, sin conceder cuartel a nadie.

Después del mediodía volvió la canoa, respondiendo que el gobernador pedía dos horas de tiempo para resolverse con todos sus oficiales en junta común, y que, pasadas, daría positiva respuesta sobre lo propuesto. Terminadas dichas dos horas, envió, dicho gobernador, dos canoas con estandartes blancos y dos personas para tratar con Morgan; mas, antes que llegasen a tierra, pidieron dos de los suyos, a los piratas, en rehenes para su seguridad, los cuales con grande puntualidad les fueron acordadas: envió dos capitanes piratas en recíproca amistad, y los españoles llegaron y propusieron a Morgan como su gobernador había resuelto en junta de rendirse, no hallándose con bastantes fuerzas para resistir a una tal armada, pero [que] Morgan usaría de una estratagema de guerra: a saber, que llegaría por la noche con sus tropas cerca del puente que está entre la grande



Ilustración del saqueo de Puerto Príncipe por Henry Morgan, en Masefield, John, *On the Spanish Main, Or, Some English forays on the Isthmus of Darien*. Londres, 1906, p. 142.

isla y la pequeña, y que atacarían la fortaleza de San Gerónimo; que todos los navíos de su flota vendrían hacia el castillo de Santa Teresa para darle un ataque y que, al mismo tiempo, pondrían algunas tropas en tierra cerca de la batería de San Mateo, los cuales cortarían el camino al gobernador cuando quisiera ir a la fortaleza de San Gerónimo, y que entonces le harían prisionero, haciendo la formalidad de forzarle a rendir el dicho castillo, y que él conduciría a los ingleses dentro, debajo del engaño de que eran sus propias tropas; que de una parte y otra tirarían continuamente, pero sin balas o por lo menos al aire, por no herir ni matar a persona. Que así, teniendo dos plazas, no deberían ponerse en grande pena por el resto.

Acordoles Morgan todo lo propuesto a condición que mantuviesen fielmente su palabra y promesas a pena de ser tratados con todo rigor; y así afirmaron ejecutarlo; conque se despidieron y fueron a dar cuenta al gobernador de su comisión. Al punto dio orden Morgan a su flota, para que entrase en el puerto, y a sus tropas se previniesen para que en aquella noche diesen avance al castillo San Gerónimo, como lo hicieron. De suerte que esta falsa batalla comenzó tirando de gruesa artillería desde los dos castillos contra los navíos, pero sin bala como dicho es, hasta que los piratas vinieron de noche a la isla pequeña y tomaron posesión de todas las fortalezas, haciendo huir,

aparentemente, a todos los españoles a la iglesia. Tenía orden el gobernador Morgan que toda su gente la tuviese consigo, porque, si hallaban los piratas a algún español en la calle, le darían un mosquetazo.

Después que el acuerdo se hizo con el gobernador y que todo se puso en orden, los piratas comenzaron a hacer la guerra contra las gallinas, terneras, ganado de cerda y semejantes cosas; no se ocupaba su espíritu más que en matar tales animales, asarlos y comerlos; y, cuando no tenían leña que quemar, derribaban las casas, cuyas maderas les servían para el fuego. Contaron el día siguiente a todos los prisioneros que hallaron sobre la isla, y numeraron 450 en todos; conviene (a) saber: 190 hombres de guarnición; 40 moradores casados; 43 criaturas; 34 esclavos de su Majestad con 8 criaturas; 8 bandidos; 39 negros que pertenecían a particulares con 22 criaturas; y 27 negras y 12 criaturas. Desarmaron los piratas a todos los españoles y enviaron los hombres a las plantaciones para que buscasen qué comer, y las mujeres quedaron en la iglesia, encomendándose a Dios.

Hicieron la revista de todo el país y de sus fortalezas, de que hallaron nueve en todas, como son San Gerónimo, que está cerca del puente; tenía 8 piezas de artillería de 12, 8 y 6 libras de bala, y seis pipas de mosquetes, que cada una contenía 10; hallaron aún 60 mosquetes y pólvora bastante, con otras

municiones de guerra. La segunda fortaleza, San Mateo, tenía 3 piezas de a ocho libras de bala. La tercera y más principal, llamada Santa Teresa, tenía 20 piezas de artillería de 18 hasta 12, 8 y 6 libras de bala, con 10 pipas de mosquetes, como los que dijimos, y 90 mosquetes con otras municiones de guerra; este castillo estaba fabricado de piedra y cal, murallas bien gruesas y un foso muy largo alrededor, de veinte pies de profundidad, y, aunque estaba sin agua, era difícil asaltar; no se podía entrar más que por una puerta que estaba a la mitad del castillo, dentro había una montaña casi inaccesible, con 4 piezas de cañón en la cumbre, desde la cual podían disparar derechamente al puerto; de la parte de la mar era inconquistable a causa de las rocas que le ciñen, y porque la mar furiosamente le bate; de la tierra está de tal modo situado sobre una montaña, que la entrada no es más ancha que de tres o cuatro pasos. La cuarta batería, San Agustín, tenía 3 piezas de a 8 y 6 libras. La quinta era la plataforma de la Concepción con 2 piezas de a ocho libras. La sexta, San Salvador, con otras dos piezas. La octava, Santa Cruz, con tres piezas. La nona, llamada el fuerte de San Joseph, con seis piezas de a 12 y 8 libras de bala y dos pipas de mosquetes con municiones suficientísimas.

Hallaron más de treinta mil libras de pólvora dentro del almacén con otras municiones, las cuales

fueron transportadas a sus navíos; la artillería ataponada y clavada; todas las fortalezas arruinadas, fuera la de San Gerónimo, donde los piratas tenían su guardia y residencia. Informose Morgan si había allí bandidos de Panamá o de Portobelo, de donde se hallaron tres que condujeron a su presencia, diciendo eran muy prácticos en aquellos cuarteles, donde pretendía saber las entradas y salidas. Propúsoles si querían servirle de guías y mostrarle los caminos de Panamá, a condición que participarían de todos los pillajes y robos, y después los pondría en libertad, llevándolos consigo cuando se volviera a Jamaica. Agradó a los bandidos la proposición y prometieron servirle en todo lo propuesto; principalmente uno de los tres, que era el mayor pícaro ladrón y asesino de entre ellos, que hubiera merecido antes que le rompiesen los brazos y piernas, todo vivo, que haber tenido en castigo de sus delitos una tan leve sentencia como es un presidio; tenía este tal grande poder e imperio sobre los otros dos, a quienes mandaba a zapatazos y hacía de ellos todo lo que quería. Hizo Morgan aprestar cuatro navíos y una barca para ir a tomar el castillo que está sobre la ribera de Chagre; no queriendo él ir con su flota por no dar sospechas a los españoles. Pusieron cuatrocientos hombres sobre estas cinco embarcaciones, los cuales fueron a ejecutar el orden de su caudillo, que quedó en la isla con la otra gente, esperando el suceso de sus enviados.

Fray Alonso de Zamora (1635-1717)

El padre fray Alonso de Zamora nació en Bogotá a mediados del siglo xvii. Recibió el hábito en el convento de Predicadores —hoy Convento de Santo Domingo, en Cartagena—, donde estudió y después fue empleado por sus prelados como misionero. De vuelta a Bogotá fue conocido como predicador distinguido, hábil teólogo y literato, donde fue nombrado examinador sinodal del Arzobispado. Sus estudios y la inclinación que manifestó por colectar documentos relativos a la historia antigua, lo designaron naturalmente para el destino de cronista de la Orden, y, en consecuencia, recibió este título y el mandato para escribir la *Historia general de la provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*.

A principios de 1696 terminó los cinco tomos de su obra, que se imprimió en Barcelona en 1701. Para ella consultó todos los libros y papeles antiguos del convento grande de Santa Fe de Bogotá y los que se le remitieron de Cartagena y Tunja; memoriales de servicios presentados por los religiosos, que estaban archivados en el Juzgado arzobispal, y en los Cabildos eclesiástico y secular y las provisiones de la Real Audiencia en su favor, las cédulas reales, bulas apostólicas, patentes de los prelados, actas de sus capítulos generales y provinciales; las historias de Indias, especialmente las Décadas de Herrera, el manuscrito del licenciado Alonso Garzón de Tauxte, cura rector de la Catedral de Bogotá por muchos años desde 1585; el Compendio historial del Adelantado Quesada firmado de su nombre; y, por último, los nobiliarios de Ocáriz, los tres tomos del padre fray Pedro Simón y la historia del obispo Piedrahita, la cual crítica más de una vez, sobre todo cuando el obispo juzga las acciones no muy ajustadas de algunos religiosos.



Tiara papal, corona del máximo jerarca de la Iglesia Católica.

Historia de la Provincia de San Antonio (1696)

Capítulo VI

De la noticia que tuvieron del Rey de Bogotá, pasan en su demanda, después de haber reconocido las armas, caballos y el número de soldados.

Cuando la Divina Majestad determina castigar la idolatría, execrable maldad, que se comete contra la adoración que le debemos, como a nuestro Dios y Señor, autor de la naturaleza, con ejércitos de mosquitos sabe confundir a los faraones, y con unos dedos señalados en la pared hizo temblar al Rey Baltasar con toda su Babilonia. Con ciento sesenta y seis soldados españoles y dos sacerdotes, uno clérigo llamado Juan de Legaspes, otro religioso de nuestra Orden, llamado Fr. Domingo de las Casas traspillados de hambre, desnudos y desfigurados, hizo temblar y sujetar a los poderosos reyes, que con otros señores dominaban las naciones bárbaras de este reino, cuya

multitud innumerable la significaron con el nombre de Moscas. Gobernados de superiores impulsos, que ocultos entonces, se manifestó, que fue del ángel del gran consejo el que dieron nuestros religiosos en Santa Marta; pues a tan corta tropa de hombres, patrocinó el Dios de los Ejércitos.

Llegaron al pueblo de Ubaza y reconocieron que habiendo salido de Santa Marta ochocientos hombres con gran número de indios e indias que traían por cargueros, murieron los más y quedaron solo ciento sesenta y seis españoles cuyas patrias y genealogías refiere en su nobiliario don Juan Flórez de Ocáriz y el Obispo don Lucas Fernández de Piedrahita, lo más señalado de sus hazañas en la Historia, que compuso de la conquista de este Nuevo Reino.

Reconocieron las armas y caballos, procuraron informarse del nombre general de estas provincias, juzgando que lo tuvieran, como España o Alemania. A que dijeron los indios que todo lo que comprendían las tierras cálidas y las frías, tenían los nombres de sus antiguos señores o el que les imponían los que las gobernaban. Que había un señor más poderoso y más grande llamado Bogotá que con otros dominaba grandes pueblos, con innumerables vasallos. Informáronse de la lengua general a que dijeron que se llamaba muisca; y corrupto este nombre y admirados de la multitud de indios que había en todos los pueblos

y que encontraban por los caminos los llamaron moscas y a la lengua mosca.

Deseoso el General y sus soldados de ver al Bogotá, salieron de Ubaza, por llegar con brevedad a su presencia y entraron en el pueblo de Guachetá día de S. Gregorio Magno, nombre que le puso el padre Fr. Domingo de las Casas, con que permanece a cargo de nuestra religión, como una de sus doctrinas. Al descubrirlo desde los altos, que hoy llaman de la Candelaria (porque con su título está entre los bosques un religioso convento de los Descalzos de nuestro padre San Agustín) quedaron suspensos de ver una ciudad, que aunque de casas pajizas, podía competir con las mayores de Europa. Entraron en ella, con recibimiento de paz: acción que celebró tanto el General (por el susto que tuvo, cuando descubrieron su grandeza) que informó de ello en el Real Consejo y consiguió cédula, para que sus naturales no asistan a las fábricas comunes de las ciudades circunvecinas. En este pueblo fue la primera vez que llamaron hijos del sol a los españoles; porque siendo el Dios que adoraban y de quien tenían un templo superior a los que había de otros ídolos, les pareció, por lo blancos, que solo podían ser hijos del sol, que enojado por sus pecados los enviaba a su castigo. Motivo que tuvieron para recibirlos de paz, ofreciéndoles sacrificios. Demostración que los afligió mucho, porque como

los que hacían al sol, era matando algunos niños, en aquellas altísimas peñas, que hay cercanas a este pueblo, donde los dejaban para que se los comiera el sol. Empezaron a arrojarles algunos desde las alturas; unos caían muertos, otros vivos, hasta que viendo los indios el agasajo que hacían a los vivos y la compasión que tenían de los muertos, las demostraciones que hacían los sacerdotes para que suspendieran aquella atrocidad dejaron su lastimoso sacrificio.

Con los intérpretes, que traían algunos instruidos desde las tierras de Vélez, les empezó a decir el padre Fr. Domingo que eran hombres como ellos, hijos del sol de justicia Cristo Jesús, cuya fe debían admitir para conseguir la vida eterna. Abominoles las adoraciones que daban al sol y a otros ídolos, la maldad que cometían en sus sacrificios. Levantó la señal de la Cruz y la dejó puesta en el templo del sol, mandándoles que no la quitaran de aquel lugar porque había de volver con otros a ver si aquella cruz a quien habían de adorar, estaba en el mismo lugar que la dejaba. Como con esta sagrada señal empezaba Cristo Jesús a reinar en las gentes de este reino, obedecieron los indios de Guachetá, con tanto rendimiento, que cuando vinieron después otros religiosos, a catequizarlos, hallaron la cruz en su templo del sol y refirieron que un hijo del sol, que había pasado con otros la había puesto en aquel lugar.

No fue el padre Fr. Domingo de las Casas el primero, sino el segundo, que puso la señal de la cruz en este pueblo de Guachetá; porque según refiere el P. Fr. Pedro Simón y otros religiosos de nuestra Orden, que hallaron en los altos de aquellas peñas algunas cruces pintadas con almagre tan fuerte, que no se habían borrado, estando descubiertas a las inclemencias del tiempo; de que se volverá a tratar en su lugar, mientras lo da la prisa, con que después de haber apagado un gran incendio, que acaso se levantó en el pueblo y quemó algunas casas; trataron de pasar adelante. Presentaron los indios al General mantas de algodón, algunos tejos de oro y ocho esmeraldas muy buenas, aunque pequeñas; y como fueron las primeras, que habían visto tuvieron tanto asombro, que se miraban unos a otros, admirados de que habían llegado a tierra a donde les daban con piedras tan preciosas. Quedaron todos amigos y de paz, que prometieron guardar y pasaron al pueblo de Lenguazaque, donde sin aquel bárbaro sacrificio los hospedaron en sus casas, con todo el regalo y presentes que pudieron, según su estilo. Obligado el General de estos recibimientos y docilidad que descubrió en los indios, echó bando en que mandó pena de la vida, que ninguno les hiciera daño, ni les quitara cosa alguna y que con seguridad de amigos se portaran en sus casas.

Con este orden pasaron al pueblo de Suesca, que dista del antecedente algo más de siete leguas. A su vista se llenó la de sus deseos, luego que desde aquellos altos descubrieron los campos de Bogotá, con su hermoso río, centro en que se recogen otros de menor caudal, formados de varios arroyos de aguas dulces y cristalinas, que descienden de frondosas y levantadas serranías, llena de hermosos árboles, olorosas y vistosas flores, con multitud de pájaros de variedad de colores en las plumas y suavidad en las voces, con que festejan sus floridos y siempre verdes paraísos, con tanta seguridad para la delicia, que por más que se penetren sus selvas, no se halla animal ponzoñoso, ni cosa que dé fastidio; antes su continuo desahogo a los cuidados de aquellos que les alivian en la cacería de venados y conejos de que abundan los montes y las llanuras, entre las espesuras, que se forman de carrizales, entretejidos con variedad de ramazones. A esta vistosa hermosura, sirve de muro natural que encierra, dentro de la circunferencia de veinticinco leguas por lo largo y diez por lo más ancho, unos campos llanos, fértiles y hermosos haciéndolos más útiles y agraciados, diferentes puntas de la misma serranía, que entrándose con menor altura en lo llano, se extienden con alguna proporción, dividiendo los valles con tales comodidades de los pueblos de indios que están en sus contornos, hoy



Detalle de indígenas defendiéndose del ataque de los españoles; tiran piedras y aguas de un árbol. Grabado de Theodor de Bry, en Benzoni, Girolamo, *Historia del mondo nuovo*, Venecia, 1565.

repartidos en cuatro corregimientos que así en los altos, como en los llanos tienen ellos y los vecinos de esta ciudad de Santa Fe grandes haciendas de campo, con molinos y hermosas caserías con lo necesario para pasar la vida humana con quietud y gran comodidad.Apetecida la fertilidad y hermosura de tan ameno Valle, como premio de su conquista, entraron en el pueblo de Suesca; llamado de los naturales Suezusca, que en su idioma es lo mismo que color de guacamaya. Nombre impuesto para significar con los movimientos y variedad de colores la de sus habitadores. Era ciudad libre, en que sin reconocer vasallaje a señor propio, ni obediencia a la justicia se recogían en esta Ginebra, los hombres y mujeres que por sus delitos venían fugitivos de sus naturales señoríos. Con brevedad ejecutó su ley el General, mandando dar garrote a un soldado, llamado Juan Gordo, porque se juzgó, aunque falsamente, había quitado a unos indios unas mantas de algodón, que traían de presente al General. De temor que le tuvieron se las arrojaron ellos mismos, encontrándolo en el campo a que el pobre soldado había salido a divertirse, según se averiguó después de haberlo ajusticiado, con sentimiento de los demás, porque había trabajado más que todos en el ejercicio de machetero.

Ya esperaban en Suesca las espías, que había enviado el Bogotá, para que le informasen de la gente

nueva; qué armas, qué prevenciones de guerra, qué número de soldados y con cuántos podría salir a echarlos de la tierra. En esta averiguación se hallaron las espías a tiempo que se murió un caballo; y como ellos tenían el mismo error, que los demás de esta América de que eran una pieza el caballo y el caballero, se les quitó el asombro que habían concebido de aquel monstruo. Con menos disculpa creyó mucho de sus centauros la gentilidad de Grecia. Avisaron de todo al Bogotá, que animoso salió de su corte, traído en andas de oro, según costumbre antigua de los reyes de su nación. Asentó su real cerca del pueblo de Nemocón, cuya fue la primera noticia que tuvieron cuando en aquella barqueta y ranchería del río de Carare, hallaron los panes de sal.

En demanda de este pueblo salió de Suesca el General, y entró con la mayor parte de su ejército. En la retaguardia venían los enfermos, con escolta de algunos hombres a caballo. Con el desengaño del que había muerto, los tenían ya por venados grandes y se atrevieron a embestir a la retaguardia seiscientos indios de los que parecieron al Bogotá más valientes para hacer la primera demostración del valor de su gente. Como estaban cerca del alojamiento, reconocieron los nuestros aquel cobarde atrevimiento y montando en sus caballos, salieron con tal ímpetu, atropellando y matando indios y disparando algunos

tiros de arcabuz, que huyendo los que quedaron vivos, avisaron de todo al Bogotá. Asombrado de los truenos y remudando por instantes los cargueros, se retiró a una casa de armas que tenía cerca del pueblo de Cajicá donde dijo a sus soldados: No hay resistencia, ni le hallo poder contra estos hijos del sol, porque como cosa del cielo tienen truenos y disparan rayos. Esta mi casa fuerte, aunque llena de armas, no es suficiente defensa para gente tan poderosa. Y sin detenerse volvió con toda prisa a su palacio de Bogotá.

Siguieron los nuestros el alcance y sin parar llegaron a la casa de armas de Cajicá. Reconocieron la grandeza, que tenía dos mil pasos largos y se detuvieron recelando alguna emboscada. Llegó la noche y enfrente hicieron alto, velando las espías de una y otra parte. Al salir el sol, se llegaron los nuestros a la casa y estando confiriendo si le pegarían fuego, salió gran número de indios y por capitán uno de tan grandes bríos, que con una lanza de macana en la mano y arco y flechas de tiraderas, se presentó a vista de los pocos españoles, que se habían puesto en aquel peligro. Díjoles con voces de arrogancia que si había alguno que se atreviera a pelear con él solo, que allí los esperaba. El Capitán Lázaro Fonte lo tuvo por atrevimiento y apretando los acicates al caballo, partió de carrera, rompiendo por la tropa y embistió con tal valor al indio que lo asió por los cabellos y sin

que tuviera lugar de jugar las armas, ni aún de poner los pies en el suelo, lo trajo en peso a donde estaban los compañeros. Hazaña fue esta de tal espanto para los indios, que huyendo sin parar, desampararon su casa fuerte.

En la expugnación de Audenarda, lleno de su valor Alejandro Farmece [sic], se entró corriendo en su caballo dentro del escuadrón enemigo y asiendo de la gola a un alférez de tercio viejo de los alemanes, lo sacó arrastrando para que lo pusieran en la horca, acción que pareció de tanta ferocidad, que comparada con las de insignes capitanes, no se halló otra en toda la antigüedad; porque aún no había llegado a Flandes la noticia de esta, que en el mismo siglo obró en las Indias el Capitán Lázaro Fonte. El general Quesada, que siempre miró mal a este héroe, le perifrasea en forma de juego, esta valerosa acción, en su Compendio y le sigue el obispo Piedrahita. Pero según va escrita, la refiere el Padre Fr. Pedro Simón.

Esperaron a que llegara el General, que recelando algún mal suceso los venía siguiendo muy sentido, de que sin su orden hubieran seguido a los indios. Exceso en la obediencia militar, que solo paró en reprehensión, por no haber dado lugar a más la aceleración con que los indios de Zipaquirá, recobrados del asombro, que tuvieron de ver correr los caballos y jinetes que atravesaron por el valle de Tibitó,

embistieron a nuestro ejército por las espaldas con más de cuarenta mil indios y entre ellos quinientos *Ubzaques*, que es lo mismo que grandes o más principales señores de su nación. Llevaban también algunos cuerpos muertos, enjutos y secos, de aquellos que fueron más señalados en sus batallas. Al modo que según cuentan las historias sacaban a las suyas el cuerpo del Cid los españoles. Los nuestros salieron al encuentro de aquella confusa multitud de combatientes, y ayudados de los caballos, que en campo raso, atropellando con furia espantosa, no malograban golpe con las lanzas. En breve rato que duró la batalla, se retiró Saquesazipa, general de aquella tropa, a esconderse en las ciénagas que por aquellos campos forma el Río de Bogotá.

Victoriosos los españoles, se recogieron a la casa fuerte. En ella admiraron su fábrica, que aunque de maderos y cañas las paredes, era fortísima para otras armas que no fuesen de fuego. Tenía grandes cercas, hermosas piezas, grandes retiros y apartamientos. Los techos vistosamente pintados de pajas doradas y fique torcido y teñido de varios colores. Los patios para defensa del sol y del agua, estaban cubiertos con un toldo de tela de algodón de tanta longitud y latitud cuanta era necesaria para dar vuelta a la cerca de toda la fortaleza. Reconocida, hallaron las andas del Bogotá desnudas del oro y esmeraldas porque la rota

impensada no le dio lugar a caminar con la majestad que solía. No hallaron todo el oro que deseaban pero sacaron alguno y mucho sustento de raíces, fríjoles, maíz y carne seca de venados, con que se alimentaron muchos días y sin tocar en la casa la dejaron como estaba y pasaron al pueblo de Chía, a tener la Semana Santa.

Los naturales del Reino del Bogotá reconocían por señor al Zipa (que es lo mismo que rey en nuestro idioma) Tisquesua, tercer monarca de los moscas en él intruso porque no era sobrino hijo de hermana, a quien, según costumbre, pertenecía el absoluto señorío. Providencia de Dios, para la conversión de las gentes americanas y castigo ejemplar de la tiranía. Pues como Montezuma era tirano en México, el Inca Atahualpa en el Cuzco, lo era el ZipaTisquesua en Bogotá, y en Tunja el Zaque Quimuenchateca. El señor del pueblo de Chía era el legítimo heredero, por ser sobrino, hijo de hermana y el Tisquesua hijo de hermano, que a título de más valeroso y guerrero se había alzado con todo. Estaba sentido el Chía de la usurpación de su reino y muy gustoso de la rota que los españoles habían dado a su primo hermano. Motivo que tuvo, para mandar que los recibiesen de paz y hospedasen dentro de aquella famosa ciudad, que tenía innumerables vecinos y muy principales; respecto de que en ella se criaban los príncipes



Indígenas caribes aceptando la cristianización (detalle), en Philoponus, Honorius, *Nova typis transacta navigatio,* Linz, 1621.

herederos del reino y de otros señoríos. No quiso asistir presente el Chía, por no cortejar a quien tenía por inferiores. O lo más cierto, por ocultar sus grandes tesoros. De quien se dice, que señaló dos indios principales de su confianza a quienes mandó que fueran a una cueva que está en uno de los cerros que miran a ese pueblo, para que recibieran y acomodaran todo el oro y esmeraldas que les enviara. Dispuso número de indios y a cada uno entregó la carga de oro que pudiera llevar. Fueron llevando, hasta que traspuso su tesoro, y el de algunos vasallos, sin que estos supieran el lugar que él disimulaba, con la traza de que lo manifestaría a su tiempo. Acabado el entrego, mandó cerrar la cueva y que la igualaran con lo demás de montaña, sin que de su entrada quedara señal alguna. Volvieron los indios de su confianza y los cargueros, y a todos los mandó pasar a cuchillo, traza infalible que halló este bárbaro, para que hasta los tiempos presentes no se haya podido descubrir riqueza tan poderosa.

Como aquel indio llamado Pericón, que apresaron en el campo de Opón, bien enterado ya en ambas lenguas y con los indios que trajeron de Santa Marta, amistados con los moscas, tuvo alguna facilidad el padre Fr. Domingo de las Casas para introducir algunas pláticas de la doctrina cristiana, dando a los indios de Chía la noticia de sus misterios. Celebraron

la Semana Santa; confesaron los dos sacerdotes a los españoles; dijeron misa y comulgaron los más. Día fue este solemnísimo para la Iglesia católica, pues en el día que se instituyó el divinísimo sacramento del altar, se vio adorado y celebrado en uno de los mayores reinos de los gentiles; confirmando lo que dijo el Señor: Ahora saldrá expelido el Príncipe de las tinieblas, que tiranamente lo dominaba. Hizo el padre Fr. Domingo todo lo que debía a su obligación aquella Semana Santa, en que juntos dos pueblos cristiano y gentilicio, se portó en su enseñanza como un apóstol y con efectos tan conocidos, como se vio en la templanza con que procedieron en la conquista de este reino; de que no se refieren tantos horrores, como los que hubo en las otras de esta América.

Con buenas pascuas experimentaron otro efecto maravilloso y fue la embajada que con un presente envió el cacique de Suba, uno de los más principales vasallos que tenía el Zipa de Bogotá, pidiendo licencia para venir a visitar al General. Correspondió con otro, agradeciendo la merced que le hacía, y que sería muy bien recibido. Vino acompañado de sus principales y con guarda de más de veinte mil indios, que traían en las manos llenas de flores las macanas. Salió el General con sus capitanes y soldados a recibirlo y entrando en las casas del alojamiento, se correspondieron con demostraciones de amistad, que de ambas

partes manifestaron los intérpretes. Convidó el Suba al General, para que fuera con sus soldados a su pueblo; y despedido con el mismo acompañamiento, salieron de Chía con toda brevedad, llamados interiormente de la predestinación de aquel cacique. Porque le dio el mal de la muerte y advertido de la predicación que le había hecho el padre Fr. Domingo, pidió el bautismo. Instruyolo en los ministerios de la fe y hallándolo capaz lo bautizó. Manifestose tan gustoso este dichoso cacique, que asistiéndolo a su muerte, pidió que lo enterraran como cristiano. Murió como tal, siendo el primero que lo fue en este reino del Bogotá, felicidad que celebraron todos. Considerando el padre Fr. Domingo en el cielo aquel su primogénito bautizado, se bañaba en lágrimas de gozo: confiando en la Divina Majestad, que siendo el primero un señor tan grande y de tanto número de vasallos, sería innumerable el de los que recibirían la fe en este reino tan dilatado. Sintió mucho el General la muerte de este su fiel amigo; por lo que podía ayudar a la reducción del Bogotá. Dispusieron el entierro, a que asistió con sus soldados y los sacerdotes hicieron las ceremonias que usa la Iglesia con los cristianos difuntos. Asombrados de aquella novedad, los indios se manifestaban aficionados a los españoles, viendo las demostraciones de honor que habían hecho a su señor.

Admirado el General de los grandes y hermosos pueblos que había pasado y que se descubrían con la rara disposición de sus caserías, llamó Valle de los Alcázares el hermoso que baña el Río de Bogotá. Él mismo dice en su Compendio que eran supervísimas y muy a lo romano fabricadas. Ni las apetecía para detenerse, hasta llegar a verse con el señor de tan opulenta provincia, en que tantos millones de vasallos obedecían a su voz, sin reparar en la hacienda, ni en la vida. Con este deseo salía de Suba; y como los del Zipa, eran de no consentirlos en sus tierras, aunque fuera quitándoles las vidas: hallaron las orillas del río llenas de innumerables indios, prevenidos a estorbarles el paso con las armas. Pero como estas y sus bríos no llegaban a los de los españoles pasaron a la otra banda, sin que ninguno peligrara, ni en las aguas ni con las flechas y piedras que les tiraban. Al traquido del primer arcabuz huyeron todos los moscas y siguiendo sus alcances nuestro ejército, entró en la famosa ciudad de Bogotá en el mes de abril de 1.537 al año cabal que habían salido de Santa Marta.

Hallaron poca gente; porque los más siguieron el retiro de su señor: sin guardar el palacio y todo tan solo que les sirvió de alojamiento y de que en sus patios guardaran sus caballos. A todos admiró la grandeza y hermosura de la fábrica, dispuesta con ingeniosa curiosidad y fortaleza de grandes maderos

incorruptibles, cañas y pajas naturalmente doradas, como las del trigo con tal artificio en el todo y en sus partes, que podía competir con el mejor de la Europa. Aunque la fortaleza de Cajicá, el palacio de Chía, el de Suba, con otros particulares, eran dignos de admiración, ninguno alcanzaba a tan suntuoso edificio ni a la multitud, disposición y grandeza de sus viviendas. El serrallo era tan capaz, que vivían en él más de trescientas mujeres.

El Zipa, advertido de los deseos de oro y esmeraldas, que habían manifestado, recogió sus grandes tesoros, los de los particulares, templos y adoratorios públicos y comunes de la ciudad, los que para exaltación de la idolatría tenían en los montes, llanos y caminos, con unos gazofilacios de barro cocido, en que todos ofrecían. Esta suma poderosa mandó transplantar a otra parte (algunos dicen, que a los montes de Tena) en que de padres a hijos se ha guardado tanto secreto, que no se ha descubierto, aunque en aquel y en otros tiempos se han hecho exactas diligencias. En el cuidadoso escrutinio que hicieron en el palacio, templo superior y adoratorios, sacaron tanto oro y esmeraldas, mantas de algodón y otras cosas de estimación, que juntos con los que habían recogido en los otros pueblos, determinó el General hacer la primera repartición de toda la suma. Sacaron los quintos reales; reservaron para el adelantado

don Pedro Fernández de Lugo nueve partes; siete para el general Quesada; a cada uno de los soldados sencillos repartieron 512 pesos de oro fino; esta porción doblada a los de a caballo y esta doblada a los capitanes, sargento y alférez mayor. Con la misma disposición se repartieron las esmeraldas y mantas de algodón, sin que en esta suma entrara lo que cada uno retiró, que fue mucho más de lo que se manifestó; ni la del oro bajo que fue tanto, que de él hacían herraduras para los caballos.

Estando ya en posesión de Bogotá, cabeza de todo el reino, con el oro y esmeraldas que habían adquirido en tres meses, se les encendió tanto el amor de las riquezas, que pasando a codicia infernal con deseos de adquirir más, se pusieron a riesgo de perder con vida todo lo que poseían. Apenas pasaron las aguas del invierno, cuando mandó el General al capitán Juan de Céspedes, que con cuarenta soldados de a pie y quince a caballo, saliera en demanda de la nación de los panches, feroz y atrevida, que habitaba con numeroso gentío entre el río Fusagasugá que bajaba de la serranía en que habitaba otra nación, llamada Utagaos, y el río de la Magdalena, que divide sus términos hacia el Sur y por banda del Norte el río de Bogotá. Entraron los españoles y a su recibimiento se previnieron los panches con un ejército de más de cinco mil hombres, con armas

de macanas, arcos y flechas, a cuyo veneno morían los heridos entre congojas desesperadas. Manifestáronse envisados y coronados de vistosa plumería y empezaron el combate, de que estuvo dudoso el vencimiento, hasta que el capitán Juan de San Martín dio al general de los panches tan mortal herida con la lanza, que dando un espantoso grito, cayó en tierra como un tronco; a cuyo golpe se acobardaron sus gentes con tal asombro, que desamparado el sitio de una colina rasa, quedó bañada en sangre y sembrada de panches muertos. Victoriosos los nuestros de la mayor batalla que hasta entonces se les había ofrecido, dejando muertos algunos caballos y sin perder soldado alguno, se volvieron a los campos de Bogotá.

Su general se mostró muy placentero, aunque siempre perplejo, sobre el lugar que había de elegir para su asistencia. Maquinaba nuevas entradas, donde hallar mayores riquezas. El P. Fr. Domingo empleaba las treguas en el agasajo de algunos indios a quienes con los intérpretes daba noticias de la fe católica y del engaño en que vivían con la adoración de sus falsos dioses, que en diferentes ídolos, que llamaron Tunjos, de figuras abominables, tenían en el templo principal, en que con ellos adoran al sol. Pero como estaban asombrados del saco de sus casas y adoratorios, acompañando con sentimiento el retiro



Sacerdote misionero evangalizando nativos americanos (Detalle),
en Valades, Diego, *Rhetorica christiana,* 1579.

de su rey, no hicieron impresión alguna los sagrados misterios en los indios de Bogotá.

Por no ser este el fin principal del General, ni de sus soldados, sino el de hallar más oro y esmeraldas, hicieron tan grandes diligencias que preguntando a un indio mozo que no tenía la reserva que los viejos, ¿a dónde estaban los criaderos de aquellas piedras? Les dijo: que en un pueblo llamado Somondoco, distante cinco soles o cinco días de camino. Oyó Quesada la noticia con gran alegría, y comunicando con sus capitanes, dejando lo que habían descubierto, salieron todos con el mismo carruaje y aparato que habían venido en demanda de aquel tesoro.

Joseph Gumilla
(1686-1750)

El padre Joseph Gumilla fue un misionero jesuita, escritor y explorador español que recorrió la cuenca del río Orinoco y fue autor de un libro fundamental y de gran valor histórico: *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*, escrito en 1731.

Murió en algún lugar de los llanos venezolanos el 16 de julio de 1750. Formó parte de una expedición de misioneros jesuitas que llegó al Nuevo Reino de Granada en 1705, cuando contaba 19 años de edad. Estudió Filosofía y Teología en la Universidad Javeriana de Bogotá y trabajó en 1714 en Tunja antes de convertirse en misionero en la región de los Llanos del Orinoco, donde propició la exploración y la colonización de dichas tierras.



Retrato de Joseph Gumilla en su libro *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*, 1731.

El Orinoco ilustrado (1731)

Historia natural

Capítulo vii

Desnudez general de aquellas gentes: olios y untu-ras, que casi generalmente usan.

No supieron nuestros primeros padres Adán y Eva, que estaban desnudos, hasta que su pecado les abrió los ojos, y echaron mano de algunas hojas, obligados del empacho y del rubor natural. Esto bien se percibe, y los intérpretes de la Sagrada Escritura hermanan muy bien aquella ignorancia, con la primera inocencia con que Dios crió a nuestros primeros padres. ¿Pero qué doctor habrá hoy, que componga y hermane, no la inocencia, que no la tienen; sino la disolución y brutalidad de aquellos gentiles con la ignorancia, que realmente tienen de que están desnudos?

La primera noticia que las naciones retiradas tienen de que los hombres se visten, es cuando un

misionero entra la primera vez en sus tierras, acompañado de algunos indios ya cristianos, y vestidos al uso que requieren aquellos excesivos calores. Entonces, si el misionero no ha enviado antes mensajeros, toda la chusma de hijos y mujeres, atónitos de ver gente vestida, huyen a los bosques, dando gritos y alaridos, (refiero lo que he visto muchas veces) hasta que después los van trayendo, y poco a poco van perdiendo el miedo: no les causa rubor su desnudez total; porque o no ha llegado a su noticia que están desnudos, o porque están desnudos de todo rubor o empacho. Uno y otro verifican con aquel desembarazo, con que pasan, entran, salen y traban conversaciones, sin el menor indicio de vergüenza: y pasa más adelante el desahogo. Porque muchos misioneros, antes de estar prácticos en el ministerio, han llevado y repartido algún lienzo, especialmente a las mujeres, para alguna decencia; pero en vano, porque lo arrojan al río, o lo esconden, por no taparse; y reconvenidas para que se cubran, responden: *Durrabáajaducá*: no nos tapamos, porque *nos da vergüenza*. Y veis aquí otra especie inaudita: conocen la vergüenza y rubor, *durrabáajaducá*; pero mudada la significación de las voces; porque al vestirse sienten rubor, se corren, y están sosegadas y contentas con su acostumbrada desnudez: ¡hasta aquí puede llegar la fuerza de la costumbre! pero esta repugnancia a

vestirse, en breve tiempo pasa a ser gran molestia para los padres; porque al paso que van oyendo y percibiendo los misterios de nuestra Santa Fe, se les van aclarando los ojos interiores: caen en la cuenta de su desnudez, reciben todo cuanto lienzo el misionero les puede dar, y porfían por más y más, con mucha molestia, así hombres, como mujeres.

En las naciones de gentiles, que, o no distan mucho de los españoles, o que tienen correspondencia con indios ya cristianos, usan los hombres, aunque no todos, de un retazo de lienzo, que llaman unos *guayuco*, otros *guarruma*; y las mujeres unos *delantalillos*, matizados con cuentas de vidrio: otras se cubren con un mazo de hebras de *muriche*, que es a modo de una libra de cáñamo suelto, tanto, cuanto basta para la ínfima decencia, y nada más.

Todas las naciones de aquellos países, a excepción de muy pocas, se untan desde la coronilla de la cabeza hasta las puntas de los pies con aceite y achote: y las madres, al tiempo de untarse a sí mismas, untan a todos los chicos, hasta los que tienen a sus pechos, a lo menos dos veces al día, por la mañana y al anochecer; después untan a sus maridos con gran prolijidad; y los días clásicos para ellos va sobre la untura mucha variedad de dibujos de varios colores; y cada vez que el marido viene de pescar o de hacer alguna diligencia, le quita su mujer o alguna hija la

untura empolvada, y le unta de nuevo los pies; y lo mismo hacen con los huéspedes que llegan, aunque sean muchos. Cosa rara es lo que voy a decir: sea el que se fuere, chico o grande, sale con suma repugnancia de su casa, sino está untado de pies a cabeza; y esto, aun después de domesticados y puestos ya a la tarea de asistir a la doctrina cristiana mañana y tarde; de modo que reconoce el padre, que faltan de aquellas filas, en que los forma el fiscal, cuatro o seis muchachos, va luego el fiscal a buscarlos, y vuelve sin ellos, diciendo: *Padre, no pueden venir, porque están desnudos*: ¿cómo es eso, replica el padre: *todos estos no están desnudos también?* sí, Padre, responde; *pero están untados*: que para ellos equivale a estar bien vestidos: para ir a la guerra los adultos, se pintan fea y horriblemente, como después diré.

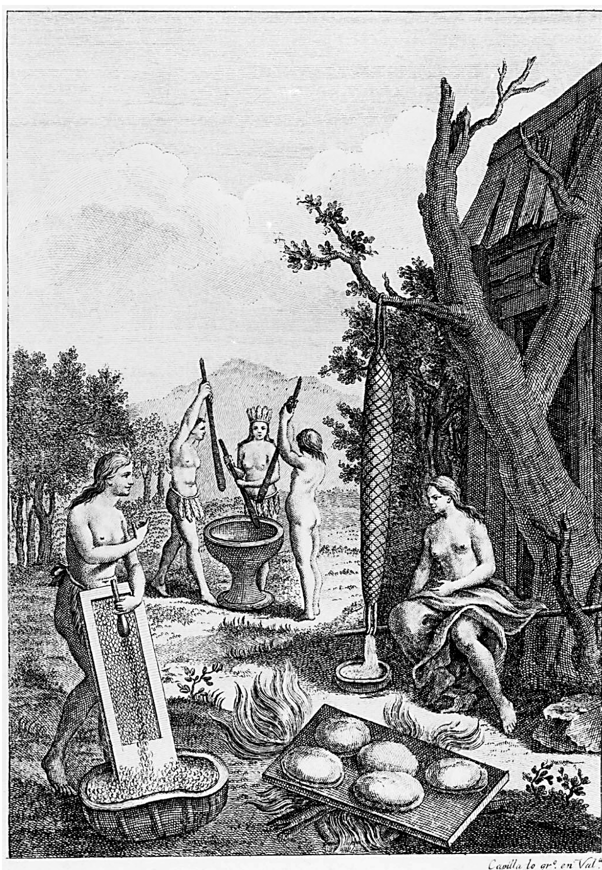
Sobre las unturas entran sus galas, y son en los varones algunos plumajes de colores escogidos; y en las piernas, a la raíz de las rodillas, y arriba de los tobillos atan cuatro borlas muy esponjadas, de gran número de hebras de algodón: estas sirven de gala y de remedio contra infinitas garrapatas menudas, que hay en todos los campos: tropiezan con una nidada de ellas, que es una pelota, que tendrá casi un millón de aquellos insectos, y se les enredan en las cuatro borlas, sin pasar a molestar lo restante del cuerpo; fuera de esto, adornan los hombres también sus

narices y orejas con varias alhajas ridículas; y los que pueden, con planchitas de plata o de oro, que ellos mismos se labran a su modo.

Los *Caberres* y muchos Caribes usan por gala muchas sartas de dientes y muelas de gente, para dar a entender que son muy valientes, por los despojos que allí ostentan ser de sus enemigos que mataron: con estos adornos, y su *macana* en una mano, y la flauta, llamada *fututo*, en la otra, una y otra alhaja con sus borlas, salen los indios engalanados a todo costo para los días ordinarios; pero los días clásicos para ellos, que son cuando hay borrachera general en sus casamientos, cabos de año de sus caciques y capitanes, y siempre que vuelven de viaje largo, en tales días salen desnudos, como siempre, con las libreas más exquisitas de sus botes, unturas y colores, que guardan como un gran tesoro. Primero se untan al uso ordinario, luego untan con una resina, llamada *caraña*, amasada con varios colores, unas pleitas sutiles, curiosamente variadas con dibujos no despreciables, y van apretando aquellas pleitas coloridas a los brazos, piernas, muslos y a todo el cuerpo, con arte y proporción: tanto, que puestos aquellos indios a distancia competente, se engañará el forastero, que no supiere la inventiva, y creerá de cierto, que todos aquellos pintados están vestidos de angaripola muy lucida; no es vestido éste para solo un día, han de

andar engalanados tantos días, cuantos dura la tenacidad de la resina *caraña*, que no son pocos. Los músicos de flautas, *fututos* y tamboriles, y todos los que están señalados para formar las danzas, salen mucho más lucidos, porque sobre los dibujos que deja en sus cuerpos la *caraña* pegajosa, van pegando variedad de plumas exquisitas en filas regulares, blancas, encarnadas y de otros colores, que a la verdad hacen juego curioso y espectáculo vistoso. En especial, al tiempo de danzar, cuando hacen sus círculos y mudanzas, forman una hermosa variedad, sobresaliendo muchos con pelucas, hechas de plumas singulares y de muy finos colores; las cuales suelen llevar también cuando trabajan sus sementeras, y cuando salen a navegar; porque no solo son adorno muy lucido, sino que defienden mucho del sol y de los aguaceros a los que las llevan puestas; pero es espectáculo ridículo ver a un indio en pelota, con una peluca muy rica en la cabeza, y sudando al remo, o con el azadón entre manos, y muy formalizado con su peluca.

Las mujeres, fuera de los adornos de narices y de orejas, uniformes con los que dije de los hombres, adornan sus brazos, cuello, cintura y piernas con gran número de sartas de *quiripa*; esto es, sartas de cuentas muy menudas, que labran de cáscaras de caracol con gran primor. Iten, con sartas de dientes de monos y de otros animales; las que pueden conseguir



Costumbres alimenticias de los nativos americanos del Orinoco, en Gumilla, Joseph, *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*, 1731.

sartas de vidrio, se cargan de ellas hasta más no poder: y por gala muy sobresaliente se encajan en cada oreja un tremendo colmillo de caimán; para lo cual hacen un agujero grande en cada oreja. Fuera de esto, desde que nace la hembrita en algunas naciones le ajusta su madre debajo de cada rodilla y en las gargantas de los pies, arriba de los tobillos, cuatro fajas anchas y fuertes, a modo de sevillanetas, hechas de torzal de *pita*, tan durables, que con ellas van a la sepultura: es cosa feísima ver aquellas pantorrillas; porque oprimida la carne arriba y abajo con aquellas pretinas inquitables, no crece allí, y todo el nutrimento queda entre las ataduras de arriba y de abajo, con lo cual crecen descompasadamente las pantorrillas, y esa es para ellas notable gala; y a la verdad, *moda rigurosa*, que también han hallado tormento, para andar desnudas a la moda. Otra penitencia grave se han impuesto las mujeres *Abanes*: ellas hacen a sus hijitas tiernas un agujero en la carnosidad inferior de las orejas; el cual van agrandando con moldes, al paso que va creciendo la criatura; a la cual, cuando ya está casadera, le cuelga de cada oreja un círculo de carne, que cabe por él anchamente una bola de truco; y la gala de la moda consiste, en que aquellas dos claraboyas de carne estén siempre sin arruga alguna.

La industria que han hallado para este fin, es muy al propósito; y es, entretener en aquel círculo de

carne otro círculo curiosamente labrado del vástago tierno de la hoja de palma: y este óvalo interior o círculo sirve como de forro y modelo, para que aquel círculo de carne, que de suyo estuviera arrugado y sin aire, se abra, ensanche y dé notable hermosura al rostro, allá, según su modo de aprender: ni hay que admirarse de esto, porque lo que se sigue ha de dar más golpe.

El año 1723 encontré una cuadrilla de indios *Guamos* en las juntas de los ríos *Sarare* y *Apure*: estaban desnudos como las demás naciones de aquel país, pero más indecentes: si acaso en lo sumo cabe más. Dejemos esto, y vamos a sus orejas, que ellas solas vienen al caso, por la necia anatomía que hacen de ellas; porque no solo desprenden y separan la carnosidad inferior de la ternilla, (como los *Abanes* dichos) sino que prosiguen sutilmente cortando y separando la corta carnosidad que hay en todo el circuito de las orejas, dejando prendida aquella carne de la parte superior y de la inferior. Esta es su moda, y esta reputan por gala peculiar: y yo, viendo que una carta que di al capitán de ellos, para llevar a un padre misionero, se la encajó entre aquel círculo de carne y la oreja; y que las bagatelas que les di, y los trozos de tabaco de hoja, todos los iban asustando en las orejas al modo dicho, pensé que aquella no solo servía de gala, sino también de faltriquera o de pequeña alforja.

El regio historiador Herrera afirma, que los primeros españoles que hicieron pie en la costa del Golfo de Honduras, hallaron las mujeres con las orejas a la moda que llevo referida, y vi yo en la nación de los *Abanes*: y añade el mismo Autor, que por la singular armonía que les causaron a los conquistadores aquellas claraboyas de las orejas; por las cuales, dice, que cabía un huevo de gallina, llamaron al dicho territorio: *Costa de Oreja*; y así se halla demarcada en los mapas antiguos.

Que aquella corta carne inferior de la oreja, amoldada desde la niñez con círculos, que van agrandando al paso que crece la criatura, crezca también, y se fortifique, no puede causar novedad a los físicos; porque estos saben el empeño, liberalidad y oportunidad, con que la naturaleza socorre, fomenta y nutre con especial influjo la parte lesa, sea la que se fuere, de todo el cuerpo.

Tampoco habrá quien lleve a mal, que tengan por gala aquellas mujeres, lo que realmente es contra la voluntad de la naturaleza humana; pues aunque ésta reviente acá entre la mayor política, ha de llevar (o por bien o por mal) que el pie y la cintura de las que van a la moda, se estrechen, achiquen y ajusten a los rigurosos términos de lo que se usa, y no más: pero volvamos a la América, para concluir esta materia con otros usos extraordinarios; mejor diré ajenos de lo racional.

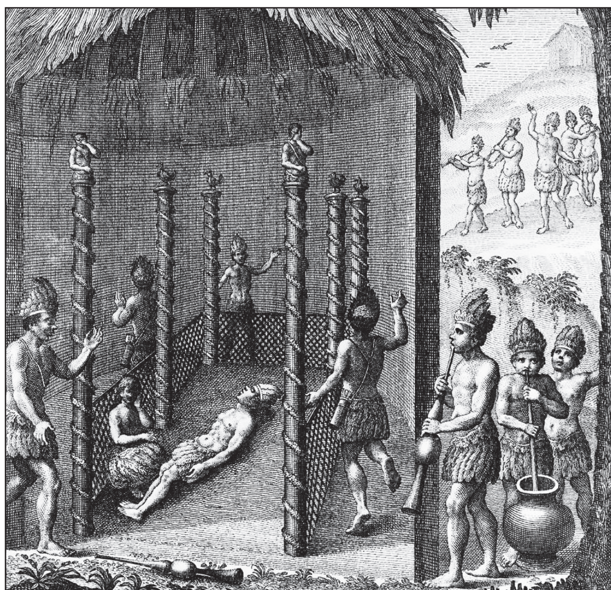
No tengo por tal la de los indios *cabelludos* de las misiones de la provincia de Quito: nombre, a que dio motivo lo desmedido de sus melenas, que bien peinadas, visten la mayor parte de su desnudez; lo que me da golpe es la nación de los *Calvos* en *Paraguay*; cuya gala es, no permitir un solo cabello en sus cabezas. Los *Entablillados*, nación poco distante de los *Mojos del Quito*, lo mismo es nacer la criatura, que ponerle la cabeza en prensa, entre dos tablas, la una sobre la frente para arriba, y la otra en la parte opuesta, y están atadas, hasta que resulta una cabeza de figura de mitra episcopal. Vaya en hora buena, que al fin la hechura es airosa y de respeto; ¿pero qué gracia habrán hallado los inhumanos, indómitos indios *Bocones*, nación montaraz, en Buenos Aires, para rajar a las criaturas ambos lados de la boca hasta junto a las orejas? así lo hacen, y quizá será para remedar la boca de los perros, abriendo mayor puerta al hipo insaciable, que tienen de hartarse de carne humana.

Mayor desatino cometen, y mayor tormento daban las *Achaguas* a sus pobres hijas: (y aun dan los gentiles que restan de la tal nación). En primer lugar doy por supuesto, que a excepción de los *Guamos*, que se precian de barba larga, y tal cual *Otomaco*, el resto de todos aquellos gentilismos no permiten un pelo en su cara, ni hombres ni mujeres, hasta las cejas se arrancan de raíz, así ellos, como ellas. Lo cual

supuesto, entra el desatino de las *Achaguas*; cuya divisa, seña y gala es, tener todas unos bigotes negros tan refilados, que ocupado todo el espacio donde debe nacer el bigote, van cogiendo gran parte de ambos carrillos, y en forma de semicírculo bajan de mayor a menor, hasta que casi juntan sus extremidades en el centro de la barba: bigotes, que desde la cuna no tienen necesidad de renovarse hasta la sepultura; cuya fábrica es la siguiente. Con un colmillo del pez *Payara*, que es tan agudo como una lanceta, van grabando en la carne viva las rayas necesarias, para que los bigotes queden bien dibujados, de buen aire y garbo: (llore y reviente la criatura, no la tienen lástima) concluido el dibujo, enjugan y limpian toda la sangre, y con tinta sacada de una fruta, que llaman *jagua*, llenan aquellas cisuras, que después de sanas, retienen fresco el bigote de por vida.

Y volviendo a la untura ordinaria de todos los días, digo que resulta de aceite y de *anoto*, que es el que llamamos *achote*: con aceite de *cunáma* o de *vesirri* o de huevo de tortuga, se dan lustre a todo el cuerpo, mañana y tarde; y no solo les sirve de vestido, sino de arnés seguro contra los mosquitos, que abundan en tanto número de especies, como después diré; no solo no les pueden picar los mosquitos, sino que mueren, sin poderse despegar de la tal untura. Fuera de esto como el achote es muy frío de suyo,

aquella untura los alivia mucho contra los rayos del sol y calor casi intolerable; y aunque después de bautizados se visten pobremente, ayudándoles para ello los misioneros, no puede ser sino a fuerza de tiempo; y entonces, para trabajar o bogar, piden licencia para untarse por las dos utilidades que llevo referidas.



Ritos funerarios de nativos americanos del Orinoco, en Gumilla, Joseph, *El Orinoco ilustrado y defendido. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes*, 1731.

L I B R O A L V I E N T O

Colección Universal
Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital
Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial
Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección Lateral
Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



T Í T U L O S M Á S R E C I E N T E S



Cronistas de Indias de la Nueva Granada fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su biblioteca Libro al Viento bajo el número noventa y seis y se imprimió el mes de diciembre del año 2013 en Bogotá

Este ejemplar de *Libro al Viento* es gratuito, pero además es un bien público. Después de leerlo devuélvalo a los puntos de distribución para que pueda circular entre los demás lectores.